
BOLSILIBROS
Selección
TERROR
UN BUEN SITIO PARA MORIR
CLARK CARRADOS

«La comitiva abandonó el dormitorio. Dos de los guardias encendieron sendas antorchas, con las que alumbraron el camino. Vivian, altiva y orgullosa, marchaba con paso seguro, sin volver la cabeza atrás ni una sola vez.

Minutos después estaban en uno de los subterráneos del edificio, en el que aguardaban dos hombres, con las cabezas cubiertas por sendos capuchones. Varias antorchas alumbraban tétricamente el siniestro lugar».



Clark Carrados

Un buen sitio para morir

Bolsilibros: Selección Terror - 149

ePub r1.0
xico_weno 03.09.16

Título original: *Un buen sitio para morir*
Clark Carrados, 1976
Ilustraciones: Rafael Cortiella

Editor digital: xico_weno
Mejora de portada: loskives
ePub base r1.2





SELECCION
TERROR

CAPÍTULO PRIMERO

El aspecto de Felton Howernley, lord Howernley, era terrible.

Vivian, su esposa, le contempló con una mezcla de asombro y temor, cuando el señor de Brury Abbey penetró en su dormitorio, seguido de cuatro hombres de armas.

—Lo que yo me temía ha sucedido —dijo lord Howernley, a la vez que alargaba la mano derecha—. Aquí está la prueba de vuestra infidelidad, señora. ¿Osaréis negar ahora lo que es tan evidente como la luz del sol?

La condesa Vivian irguió el busto. Durante unos segundos, contempló al gigantesco individuo que tenía frente a sí, enorme, de rostro brutal y cejas tan espesas que parecían un trazo negro sobre la frente. En la mano derecha, que sostenía un trozo de papel, podía verse asimismo un espeso vello que cubría el dorso por completo.

Los cuatro guardias, armados con casco, coraza, lanza y espada, permanecían rígidos e inmóviles a dos pasos del umbral del dormitorio de la condesa.

—No contestaré —dijo al fin Vivian—. Puesto que tenéis las pruebas, obrad como gustéis.

Lord Howernley le enseñó el papel.

—Ésta es la prueba —insistió—. Lo dice bien claro: «Mañana, a las seis, en la poterna sur». No tiene firma, pero está dirigido a vos.

—Lo admito —dijo ella firmemente, sabiendo que de nada serviría negar lo evidente.

—Al menos, señora, tendréis la bondad de darme el nombre del miserable que ha mancillado mi honor…

—Vuestro honor. —Vivian sonrió despectivamente—. Lo habéis mancillado vos mismo, persiguiendo a vuestros servidores, a vuestros colonos…, atropellando la virtud de innumerables mujeres, sin importaros su estado ni condición… ¿Y todavía os atrevéis a

hablar de honor mancillado?

—¡Basta! —Rugió el conde—. Para las mujeres livianas y carentes del sentido de la dignidad y el honor tengo yo el remedio adecuado. No queréis delatar a vuestro amante, pero veremos si él es hombre. Porque si no aparece cuando se entere del castigo que os voy a aplicar, no será digno de llamarse hombre.

—¿Lo sois vos, aparte de vuestra figura?

De pronto, Vivian giró en redondo y dejó su espalda al descubierto, ante la estupefacción de los guardias.

—¿Es un hombre el que azota a su propia esposa, sólo porque ella se niega a cumplir sus deberes conyugales cuando él aparece abyectamente embriagado? ¿Es un hombre el que intenta prostituir a su propia esposa, a fin de lograr repugnantes méritos ante el privado de Su Majestad?

Vivian subió de nuevo la bata y giró otra vez en redondo.

—No sois un hombre, sino una bestia salvaje con figura humana —añadió.

—Estas palabras y la impúdica exhibición que habéis realizado os costarán todavía más caras. ¡Guardias, llevad a esta ramera al lugar que ya está señalado para que reciba su castigo!

Vivian avanzó sin temor.

—No es necesario que esos hombres me toquen —dijo—. Sabré ir yo sola al suplicio.

La comitiva abandonó el dormitorio. Dos de los guardias encendieron sendas antorchas, con las que alumbraron el camino. Vivian, altiva y orgullosa, marchaba con paso seguro, sin volver la cabeza atrás ni una sola vez.

Minutes después estaban en uno de los subterráneos del edificio, en el que aguardaban dos hombres, con las cabezas cubiertas por sendos capuchones. Varias antorchas alumbraban tétricamente el siniestro lugar.

En uno de los muros había un hueco de poco más de dos metros de altura, por uno de ancho y otro tanto de profundidad. Encastrada en la pared del hueco veíase una recia anilla.

Los verdugos se acercaron a la condesa y, arrodillándose, le pidieron perdón por lo que iban a hacer. Lord Howernley contemplaba fríamente la escena.

—¡Cumplid vuestro deber! —dijo ella.

Uno de los ejecutores le indicó el hueco. La condesa penetró y se puso de espaldas a la pared. Una delgada, aunque sólida cadena, rodeó su esbelto talle varias veces. Luego fue asegurada a la anilla.

Habla piedras, argamasa y herramientas. Los verdugos se dispusieron a la tarea.

—Por última vez —dijo lord Howernley—, decid el nombre de vuestro amante y seré lo suficientemente compasivo para haceros morir de un solo golpe de espada.

Vivian sonrió despectivamente.

—Es mil veces más hombre que vos y más decente y honrado —contestó—. No le delataré.

—Entonces, pereceréis de hambre y de sed en vuestro encierro. ¡Vamos, tapad el hueco! —rugió lord Howernley.

Los verdugos actuaron rápida y prestamente. Una hora más tarde, la pared del subterráneo había recobrado su aspecto habitual.

Lord Howernley dirigió una fiera mirada a los testigos de la operación.

—¡Pena de la vida al que pronuncie una sola palabra de cuanto ha visto y oído! —dijo.

Durante unos segundos, contempló la pared, al otro lado de la cual estaba la mujer infiel. Un pequeño orificio, apenas mayor que un pulgar, evitaría que la condesa muriese por asfixia. Así conocería los tormentos del hambre y de la sed.

Y ya se encargaría él de buscar al amante infiel y someterlo a una tortura mil veces peor que la aplicada u la condesa.

* * *

—Y éste es el subterráneo principal de Brury Abbey, que, como su nombre indica, y ya he dicho a los distinguidos visitantes, fue en tiempos una abadía, de la que fueron expulsados sus moradores, en una de las frecuentes guerras que asolaban la región en aquellos tiempos turbulentos. Más adelante, el rey concedió la propiedad de Brury Abbey, con sus tierras, a lord Henry Howernley, por distinguidos servicios prestados a la corona.

»Uno de los descendientes del primer dueño de la abadía, que entretanto había sido muy transformada —continuó el guía—, emparedó a su esposa, cuando ya finalizaba el siglo diecisiete, exactamente, en mil seiscientos noventa y nuevo. La condesa

Vivian, cuyo retrato han podido ver arriba, en el salón superior, cometió delito de infidelidad y el conde la sentenció a morir encadenada a la pared, tras un muro de mampostería. Ella prefirió morir antes que delatar a su amante.

—Una mujer valerosa —comentó uno de los turistas.

—Su esposo era un salvaje —dijo otro.

—Pero ¿eran posibles tales cosas cuando ya había pasado la Edad Media? —exclamó un tercero—. Yo creía que los emparedamientos eran tormentos medievales solamente…

—Lord Felton Howernley podía hacerlo, puesto que el rey le había concedido el derecho de vida y muerte en sus dominios —declaró el guía—. A la luz de las costumbres actuales, no cabe la menor duda de que fue un castigo bárbaro. Si fue una sentencia justa, independientemente de los padecimientos que sufrió la condesa, eso sólo Dios lo sabe, porque los protagonistas de la historia murieron hace ya muchísimos años.

—Hemos oído decir que el fantasma de la condesa se aparece con frecuencia para protestar de la injusticia de su condena —manifestó uno de los turistas.

—Son las leyendas —sonrió el turista—. Sí, se dice que el alma de la condesa vaga durante la noche por el edificio y que gime y protesta en alta voz de su inocencia, pero puedo asegurarles una cosa: yo no he oído tales protestas.

—¿Y no se encontró al amante de la condesa? —preguntó otro visitante.

—No, nunca se conoció su identidad. Es más, se sabe que el conde reunió a todos los súbditos que sabían leer y escribir, a fin de tomarles muestras de su letra, para compararlas con el mensaje que la condesa había recibido y que el conde interpretó, con lo que, así, obtuvo pruebas de su infidelidad. Pero el esfuerzo resultó inútil.

—Vaya unos tiempos —comentó alguien—. Prefiero estos actuales…

—De todos modos, entonces no tenían la amenaza de miles de cohetes atómicos, que cualquier loco puede disparar en el momento menos pensado —dijo otro.

Richard (Dick) Withers veía y oía, pero no hablaba. Si estaba en Brury Abbey era poco menos que por casualidad y sólo el aburrimiento le había hecho ir a visitar aquella antigua abadía,

transformada en residencia de un noble y que, a decir verdad y salvo su antigüedad, bien pocos méritos artísticos poseía. Casi el único mérito se cifraba en el retrato de la condesa, que había visto a poco de entrar en el edificio.

No lejos de él, en el grupo de visitantes, había una muchacha que le atraía sobremanera. Era rubia y de ojos claros, pero no parecía inglesa. Le había oído un par de frases y en ambas ocasiones captó el inconfundible acento yanqui. Withers solía ser discreto con las mujeres a quienes no conocía o con las que no tenía suficiente confianza, y por ello no había intentado entablar conversación con la joven.

Ella parecía sumamente interesada en las explicaciones del guía, absorbiendo todas y cada una de las palabras que éste pronunciaba. Withers se preguntó si habría algún motivo especial en semejante atención.

De pronto, la joven norteamericana hizo una pregunta al guía:

—¿Conoce usted el apellido de soltera de la condesa?

El guía se desconcertó ligeramente.

—Pues… no, señorita; pero quizá pueda averiguarlo más tardo… ¿Le interesa mucho?

—Mera curiosidad, simplemente. Continúe, se lo ruego, y dispense la interrupción.

—Ya no hay mucho más que relatar, salvo que, un año después, y de un modo irónico, podría decirse, lord Felton Howernley fue detenido, acusado de conspirar contra el rey, conducido a la Torre de landres y ejecutado, después de un proceso que hizo bastante ruido entonces. Se dice que lord Howernley intentó comprar la voluntad de sus jueces, mediante la promesa de grandes sumas de dinero; incluso envió a mensajeros de su confianza a este lugar, para traer el oro, pero o los mensajeros le traicionaron o el oro no era más que un producto de su fantasía, probablemente, un recurso para ganar tiempo y ver de conseguir una condena menos severa. No lo consiguió y, a principios de mil setecientos, fue decapitado.

—Me alegro, por lo que le hizo a la pobre condesa —exclamó un visitante.

—Entonces, ¿había un tesoro en el castillo? —preguntó otro.

—Si lord Howernley tenía algún cofre con oro, no lo sabremos jamás —repuso el guía—. No se tienen noticias de que otros

descendientes encontrasen ese oro y, además, como he dicho, es muy probable que sus mensajeros le traicionasen. Por favor, señoras y señores…

La pequeña comitiva acometió la escalera que conducía al gran vestíbulo superior. Withers subió en último lugar.

Había un hombre en el vestíbulo. Era alto, muy fornido, pero no obeso, de pelo intensamente negro y ojos magnéticos. Gordon Walter Howernley preguntó a los turistas si habían salido complacidos de su visita. Las respuestas fueron afirmativas y el actual dueño de Brury Abbey contestó todavía a algunas preguntas que le fueron formuladas.

El guío repitió la pregunta de la chica norteamericana. Howernley arqueó las cejas, sorprendido.

—Tengo entendido que se apellidaba Hallyburton —dijo—. ¿Tiene algún interés especial en ese detalle, señorita?

—Oh, simple curiosidad —sonrió ella—. Mil gracias, lord…

—Por favor, aunque tengo derecho al título, no me agrada utilizarlo —sonrió Howernley—. Me parece que es algo completamente desfasado en esta época espacial.

—Sí, desde luego. Gracias de nuevo, señor Howernley.

Los visitantes empezaron a marcharse. Uno de ellos, sin embargo, permaneció en pie ante un gran retrato, de tamaño natural, en el que se veía a una hermosa mujer, vestida con un lujoso traje blanco, con algunos toques de color rojo, de acuerdo con la moda de finales del siglo XVII. La mano izquierda de la dama estaba levantada hasta su cintura y en ella se veía un enorme anillo de oro, con una hermosa piedra roja.

El engaste de rubí era muy grande, pero el orfebre no había añadido ninguna piedra más a la plataforma de oro. Withers creyó ver algunas letras escritas en el lado Izquierdo del anillo.

—¿Le agrada?

Withers se volvió y sonrió ligeramente al dueño de la mansión.

—Es una pintura muy bella —contestó.

—El artista es anónimo. Ella fue la condesa infiel. El retrato fue hecho a los pocos meses de convertirse en la condesa Howernley.

—Una mujer infeliz, por lo que he oído.

—Esas cosas solían pasar entonces. Ahora, el conde se hubiera divorciado.

—Seguramente. Ha resultado una visita de gran interés, señor.

—Muchas gracias, amigo mío. No le digo que vuelva cuando quiera porque, de momento, voy a cerrar la residencia. Por tanto, me veo obligado a suprimir las visitas turísticas. Pero si desea volver algún día, hágalo a partir del próximo otoño.

—Lo tendré en cuenta. Ha sido un placer, señor Howernley.

Withers salió a la explanada y subió a su coche. Se preguntó si había merecido la pena hacer la visita.

Acabó por encogerse de hombros. Eso lo tenía que decir su cliente, decidió finalmente.

CAPÍTULO II

El golpe, perfectamente planeado, resultó un éxito.

, Los hombres detuvieron el furgón blindado que transportaba el dinero y, tras reducir al conductor y al guardia, se apoderaron de medio millón de libras esterlinas en billetes.

Scotland Yard entró en acción inmediatamente, pero sus esfuerzos resultaron baldíos. Los seis atracadores habían desaparecido como tragados por la tierra.

% Los informes del conductor y el guardia de escolta no fueron demasiado eficaces. Según pudieron deducir los interrogadores, los asaltantes habían empleado máscaras, pero no del tipo común, el clásico antifaz con dos orificios para los ojos, sino unos rostros nuevos, que no se correspondían en absoluto con los que el Yard tenía clasificados en sus archivos.

Los policías supieron también que tres de los asaltantes eran hombres muy altos y fornidos, casi como si fueran trillizos. Los rostros, en los tres casos, habían sido diferentes.

Dos de los hombres altos se movían con ciertas dificultades y fueron los que se limitaron a mantener a raya a los empleados de la agencia de transporte de dinero. Scotland Yard empezó, pues, a buscar a dos hombres muy altos, robustos, pero no obesos, y con algún defecto físico que les impedía correr como lo había hecho el tercero.

En cuanto a los otros tres, no ofrecían ningún detalle relevante de su personalidad: estatura corriente, caras corrientes y ropas vulgares. En resumen, medio millón de libras se habían volatilizado a principios del otoño.

Mientras tanto, Dick Withers había recibido órdenes de su cliente de reactivar las investigaciones acerca de su origen.

Por tanto, un buen día de finales de setiembre tomó el coche y

emprendió el viaje hacia Brury Abbey. Puesto que tendría que pasar algunos días en el trabajo, debería alojarse en el pueblo más cercano a la posesión, llamado Vynerville.

Al mismo tiempo que él, una mujer llamada June Orkney emprendió el viaje hacia Vynerville. Era morena, de cuerpo sensual y ojos maliciosos. Los motivos de June eran muy distintos de los de Withers.

June y Withers llegaron al pueblo casi al mismo tiempo y se alojaron en un hotelito de aspecto bastante agradable, decorado al estilo de doscientos años atrás, lo que le daba la apariencia de una antigua posada, si bien con todas las comodidades de la época actual.

June Orkney parpadeó al ver a Withers. Era una mujer experta y sabía calificar a los hombres. Lástima que Jess Fellerman anduviese por medio…, pero lo que tenía Fellerman era mucho más interesante.

Cuando hubo terminado de asearse, June bajó a recepción y pidió que le pusieran en comunicación con Brury Abbey.

—Lo siento, señora —dijo el conserje—. Brury Abbey no tiene teléfono.

—¡Qué raro! —se sorprendió ella—. En estos tiempos…

—El dueño prefiere permanecer aislado. Claro que la distancia no es tan grande, cinco millas apenas. Si la señora lo desea, yo puedo trazarle un croquis, que le permitirá llegar sin extraviarse.

—Y si no tiene inconveniente, yo puedo llevarla, puesto que ya conozco el camino —se ofreció Withers, que había oído las frases de la hermosa forastera.

June se volvió en el acto y dirigió al joven la mejor de sus sonrisas.

—No quisiera darle molestias…

—Le aseguro que no será molestia en modo alguno, señora. Permítame, soy Richard Withers.

—June Orkney —se presentó ella—. Pero puede llamarme June Detesto los formulismos.

—Es una actitud que apruebo de corazón. A mí me llaman Dick, June. ¿Me permite invitarla a una copa, mientras llega la cena?

—Será un placer —contestó ella.

Charlaron durante un rato, aunque Withers pudo darse cuenta

de que June no soltaba prenda acerca de los motivos que la llevaban a Brury Abbey. Todavía conversaron un rato más, después de la cena, y, al fin, se separaron, quedando en viajar juntos a la mañana siguiente hasta Brury Abbey.

Withers aguardaba junto al coche, en la puerta del hotel, cuando apareció June, muy peripuesta, con un vestido ceñidísimo, que parecía ir a estallar en cualquier momento. Dada la estación, llevaba un abrigo ligero, pero el escote era de lo más osado que Withers había podido contemplar en su vida.

Un cuarto de hora más tarde llegaban a su punto de destino. Withers detuvo el coche frente a la portalada de acceso. Después de apearse, tiró de la cadena que servía para llamar.

En una de las ventanas del primer piso apareció un rostro que se retiró inmediatamente. La puerta se abrió a los pocos momentos.

Withers reconoció de inmediato al guía que les había acompañado en su recorrido por la casa.

—Buenos días —sonrió—. Deseo hablar con lord Howernley. Ya estuve aquí en la primavera. Mi nombre es Withers.

—Al momento, señores…

—Por favor —terció June—. Yo vengo a ver a otra persona. Su nombre es Fellerman.

Robert Hylass, el guía, quien también hacía de mayordomo, según pudo apreciar Withers, arqueó las cejas, en un inequívoco gesto de sorpresa.

—Ha dicho Fellerman, señora —murmuró.

—Sí. ¿Qué pasa? ¿No está aquí?

Una voz recia, de tonos dominantes, sonó de pronto en el vestíbulo:

—¿Robert?

El mayordomo se volvió.

—Señor, hay dos visitantes —informó.

Withers reconoció inmediatamente a Howernley. El dueño de la mansión avanzó hacía la puerta.

—Creo que nos hemos visto antes, señor…

—Withers. Estuve con la última expedición de turistas que visitaron su casa en la primavera, señor.

—Ah, sí, creo recordarle.

—La señora pregunta por el señor Fellerman, señor —intervino

Robert.

Howernley dejó de sonreír en el acto.

—¿Su esposa? —preguntó.

—Una buena amiga, simplemente —contestó June, con desenvoltura.

—¡Cuánto lo siento! —suspiró Howernley.

—¿Qué ocurre? ¿No está aquí? ¿Se ha marchado?

Howernley dudó un momento. Luego hizo un signo con la mano.

—Tenca la bondad de acompañarme, señora —rogó.

June le siguió, vivamente intrigada. Withers penetró en la casa, aunque se quedó en el vestíbulo, contemplando a Howernley y a su acompañante que se dirigían al piso superior.

Momentos después, Withers oyó un terrible chillido.

Alarmado, sin darse cuenta de que no estaba en su casa, corrió escaleras arriba. Al llegar al corredor superior, vio a June que salía por una puerta, sollozando a lágrima viva, sostenida poco menos que en vilo por lord Howernley.

—¿Qué le sucede? —preguntó.

Howernley señaló con la cabeza a la puerta que tenía tras sí.

—Entre y lo verá —contestó.

Withers se asomó a la habitación, aunque no llegó a cruzar el umbral. Desde la entrada pudo ver el túmulo, con el ataúd, en el que yacía un hombre, todavía joven, con las manos cruzadas sobre el pecho.

Dos grandes cirios estaban situados a ambos lados del túmulo. Withers, muy impresionado, aunque no tanto como June, retrocedió y cerró la puerta.

—Perdóneme, pero oí el grito de la señora Orkney y me alarmé…

Howernley sonrió comprensivamente.

—Es lógico —contestó—. Vamos al salón del piso bajo; la señora Orkney necesita tomar algún cordial.

June empezaba ya a rehacerse y se secaba las lágrimas con un pañuelo.

—Pero ¿cómo ha podido…?

—Un ataque cardíaco, completamente inesperado, señora. Fue cuestión de minutos.

—No me lo acabo de creer —gimió ella—. Jess parecía tan

fuerte, tan sano.

—Estas cosas se presentan sin avisar —dijo Howernley, filosóficamente.

Llegaron al salón, Withers dirigió una mirada maquinal al retrato de la condesa Vivian. Howernley llenó tres copas y ofreció a sus visitantes.

—Por cierto —dijo Howernley, después de tomar un sorbo de brandy—, Jess no me había hablado nunca de usted, señora Orkney.

—Era una relación que manteníamos en secreto. Ya… ya no había motivos para guardarlo y yo vine a darle la buena noticia.

—¿Le dijo él que estaría en Brury Abbey?

June vaciló ligeramente.

—Sí —contestó al cabo—. ¿Cuándo es el entierro?

—¿Piensa asistir o la ceremonia?

Vagamente, Withers se dio cuenta de que la presencia de June molestaba bastante a Howernley. Era como si el dueño de la casa sintiese desagrado por conocer ciertos detalles de la vida del difunto, que hasta entonces le habían sido ocultados.

—No sé si tendré fuerzas… —dudó June.

—Si cree que no va a poder resistirlo, será mejor que se abstenga. Se suele pasar un mal rato —dijo Howernley.

Ella asintió. Howernley se encaró a continuación con el joven.

—Lamento lo ocurrido, aunque ya puede comprender que se trata de algo ajeno a mi voluntad —dijo—. ¿Puedo serle útil en algo?

—Un cliente, algo caprichoso, me ha encargado encontrar el origen de su apellido. Pero si no le importa, volveré otro día, señor…

—A partir de mañana, cuando guste —sonrió el dueño de la casa.

—Muchas gracias. —Withers se puso en pie—. ¿La llevo a Vynerville, señora? —consultó.

—Sí, por favor —rogó ella—. Dispénseme, señor Howernley.

—Lamento infinitamente lo que sucede, señora. Créame que comparto sus sentimientos: el pobre Jess era un buen amigo mío y su muerte me ha producido un duro choque.

Withers y June volvieron al coche, que arrancó de inmediato. A los pocos momentos, ella dijo:

—¿Por qué tenía que morir Jess? Disfrutaba de una salud de hierro, se lo aseguro.

—El corazón, a veces, juega malas pasadas, señora.

—¡Hum! —dijo June, con acento receloso.

June y Withers se habrían quedado muy sorprendidos al ver que el muerto se sentaba en el ataúd y sonreía al ver entrar a Howernley.

—¿Lo he hecho bien? —preguntó.

Howernley le miró pensativamente.

—¿Cómo sabía ella que podía encontrarte aquí? —preguntó—. ¿Le dijiste algo?

—¡Por Dios! ¿Me ha tomado por tonto? —rezongó Fellerman.

—Algo por el estilo —dijo Howernley—. De un modo u otro, esa mujer ha sabido que estabas aquí. ¿No recuerdas el pacto que establecimos?

—Dijimos que callaríamos —habló repentinamente un individuo desde la puerta.

Fellerman palideció.

—¡Juro que no le dije nada! —gritó.

Otro hombre se hizo visible.

—Pero ella ha venido aquí —acusó.

Howernley entró en la estancia. Varios hombres le siguieron.

Fellerman sintió un vivísimo terror.

—¿Qué van a hacer conmigo? —preguntó—. Yo no he dicho nada, he sido leal al trato que establecimos…

Howernley sonrió siniestramente.

—Quizá esa hermosa morena quiera asistir mañana a tu entierro —dijo—. Le daremos oportunidad de llorar sobre tu ataúd.

Fellerman intentó saltar del féretro, pero varios brazos robustos se lo impidieron. Una mano le tapó la boca. Cuatro manos le sujetaron por las piernas, mientras dos dedos de acero presionaban sobre su nariz.

Durante unos minutos, Fellerman se debatió angustiosamente, acusando de un modo horrible la falta de oxígeno. Al fin, dejó de luchar.

—Ted, tú entiendes algo del asunto —dijo Howernley—. Arréglalo bien, para que parezca de veras un ataque al corazón.

—Sí, señor —contestó el interpelado.

Howernley volvió los ojos hacia los demás.

—Es preciso que no olvidéis en ningún momento el trato que hicimos —dijo con dureza.

—Nosotros no lo olvidaremos —contestó uno—. Pero ¿sabe ella algo más?

La duda quedó flotando en el ambiente durante unos segundos. Al fin, Howernley contestó:

—Yo me ocuparé de averiguarlo. Mañana saldremos de dudas, podéis estar seguros de ello.

Mientras tanto, Withers y June habían llegado al hotel. Withers la condujo al bar, donde pidió sendas tazas de té.

—¿Asistirá al entierro? —preguntó.

Ella demoró un poco la respuesta.

—¿Para qué? —Dijo al cabo—. He venido aquí y lo único que he hecho ha sido perder el tiempo.

—Parece ser que Howernley no la conocía a usted. ¿Había oído su nombre en alguna ocasión?

—No. Yo sé que Jess tenía entre manos un buen… negocio, pero, de repente, desapareció de Londres sin avisarme. Eso no lo había hecho nunca hasta entonces, ¿comprende?

—Sí, pero ¿cómo se le ocurrió venir aquí?

June abrió su bolso y sacó un trocito de papel. Evidentemente, había pertenecido a la hoja de alguna agenda.

—Lo encontré en el baño, junto al inodoro —explicó—. Jess debió de romper la hoja en pedazos; seguramente, había más cosas escritas, pero sólo quedó este trozo, del que no debió de darse cuenta no caía en el sumidero.

—Y eso le hizo deducir que estaba aquí.

—Claro. Hace muchos años leí la leyenda de la condesa Vivían. ¿La conoce usted?

Withers hizo un gesto de asentimiento. June hizo un esfuerzo y sonrió de un modo singular.

—Los negocios de Jess le hacían retirarse a veces de la circulación, durante algún tiempo —explicó, significativamente—. Pero ahora ya se ha retirado para siempre —concluyó, con un profundo suspiro.

CAPÍTULO III

Por la tarde, Robert, el mayordomo, llegó al hotel y dejó una carta dirigida a June. El conserje se la entregó poco después.

June leyó la carta:

«He encontrado entre los objetos personales del pobre Jess algo que se refiere a usted. ¿Podría venir a hacerse cargo?

»Su afectísimo

»Howernley».

June ya no vaciló más. Subió a su habitación, se cambió de ropa rápidamente y volvió a bajar, para entrar en su coche acto seguido y partir sin demora hacia Brury Abbey.

Withers la echó de menos a la hora de la cena, pero supuso que ella la tomaría en su habitación. Presenció un programa de televisión en el salón y a las once de la noche subió a su cuarto y se acostó.

A media noche, Withers oyó unos ruidos, aunque, medio dormido, no les prestó la menor atención. Le pareció que se producían en el cuarto de June, pero el sueño lo venció de nuevo y volvió a dormirse profundamente.

Por la mañana, bajó a desayunar. June no había dado señales de vida. Al terminar, vio a una encantadora joven que entraba en el hotel y se inscribía en el registro.

Withers no se pudo contener.

—Creo que nos hemos visto antes —sonrió.

Ella se volvió para mirarle.

—Sí, eso me parece —contestó.

—Era en primavera y ambos visitábamos Brury Abbey.

—Cierto. ¿Vuelve de nuevo a visitar ese viejo caserón?

—Ahora lo hago por necesidades de la profesión. Soy Richard Withers, investigador.

—Ah, detective.

—No al modo clásico. Investigo, principalmente, antecedentes de las personas. Nunca intervengo en actos delictivos, a menos que, muy raramente, surjan en el curso de mis investigaciones.

—Ah, ya entiendo. Mi nombre es Lilian Hall.

—Norteamericana.

—De Massachusetts. Se nota en el acento, ¿verdad?

—Un poco, desde luego.

El conserje entregaba en aquel momento la llave a la muchacha. Ella alargó la mano izquierda.

Withers captó el brillo de una enorme piedra roja en el dedo anular. De pronto, le pareció que había visto antes aquel anillo.

—Nos veremos luego, señor Withers —se despidió Lilian.

El joven asintió con una sonrisa, mientras Lilian se alejaba hacia la escalera, seguida del conserje, que portaba su equipaje. Withers se notó de repente profundamente intrigado.

Había visto en alguna parte el anillo con la piedra, pero no conseguía recordar el lugar exacto. De todos modos, no era nada de importancia.

Quizá surgiese en algún momento la ocasión de preguntárselo.

Al mediodía, a la hora del almuerzo, June no había dado aún señales de vida.

Withers se sintió intrigado y fue a la recepción.

Tal vez June se sintiese enferma o hubiera ido al entierro de su amigo, pensó.

—Por favor, ¿puede ponerme con la habitación de la señora Orkney? —solicitó.

El conserje le miró asombrado.

—¿La señora Orkney? Lo siento, señor; se marchó esta mañana muy temprano —manifestó.

—A Brury Abbey, sin duda.

—Oh, no, señor, a Londres. Al menos, eso es lo que puedo

deducir del registro.

—¿Cómo? ¿No la ha visto usted marcharse?

—No, señor. Ya digo que se fue muy temprano. Por tanto fue el conserje nocturno, Still Ferries, quien la atendió en todo.

—Ah, ya comprendo. Muchas gracias.

—A su disposición, señor Withers.

Lilian apareció poco después, cuando ya iban a servir el almuerzo. Withers tenía la intención de ir a Brury Abbey por la tarde, suponiendo que ya se habría efectuado el entierro de Fellerman.

—Si no le importa, me sentaré con usted —dijo Lilian, con encantadora sonrisa.

—Al contrario, será un placer, señorita Hall.

Comieron sin prisas, charlando de temas intrascendentes. De pronto, Withers se acordó del anillo.

Cuando iba a hacerle la pregunta a la muchacha, vio que ella no lo llevaba puesto, Lilian sostenía un cigarrillo con la mano izquierda y podía verse claramente la ausencia de la joya.

Decidió variar el tema.

—Si no me equivoco, usted preguntó, meses atrás, cuál era el apellido de soltera de la condesa Vivian —dijo.

—En efecto, así es —contestó Lilian.

—¿Puedo preguntarle, si no es indiscreción, naturalmente, cuál es su interés en el apellido de la condesa?

—Oh, no tengo inconveniente. Una amiga mía, de Massachusetts, pretende descender de ella. Simplemente, sabiendo que yo venía a Inglaterra, me pidió investigase el asunto.

Withers enarcó las cejas.

—¡Pero la condesa murió sin descendencia!

Lilian sonrió.

—Temo, amigo mío, que no está demasiado bien enterado de la historia de Brury Abbey —dijo.

—Sé que la condesa murió emparedada… Claro que, bien mirado, ¿de dónde ha sacado el apellido Howernley el actual propietario?

—El esposo de la condesa pudo tener algún hermano casado, ¿no le parece?

—Esto es admisible, en lo que se refiere al actual lord

Howernley. Pero respecto a la condesa, lo dudo.

—Los archivos de Brury Abbey están muy bien conservados —manifestó Lilian.

—¿Cómo lo sabe usted?

—Estuve viéndolos hace algunos días. Hablé con el propietario y me dijo que podía volver cuando quisiera.

—Quizá no sea hoy el día más indicado. Ayer se le murió un amigo en su casa.

—Oh, qué desgracia… Bien, iré mañana. Mi amiga no tiene prisa.

—Yo pienso ir esta tarde. Tampoco mi cliente tiene prisa, pero yo sí; es una investigación que deseo dejar concluida cuanto antes.

Después del almuerzo, Withers se separó de la joven y, sin más, emprendió la marcha en su automóvil hacia Brury Abbey.

En aquellos momentos, Ted Guild hacía una pregunta al dueño de la mansión. Howernley escuchó a su huésped y luego sonrió.

—Eso es lo que dice la leyenda, aunque, desde luego, yo jamás he oído el lamento ni he visto el fantasma de la condesa —respondió.

Instantes después, Robert se asomaba a la sala donde tenía lugar la conversación.

—Perdón, señor; tiene una visita —anunció.

Howernley se puso en pie.

—Dispensadme —se dirigió a sus huéspedes.

Al llegar al vestíbulo, alargó la mano.

—Bien venido, amigo Withers —saludó, cordialmente—. ¿Puedo serle útil en algo?

—Desearía hablar con usted unos momentos, a fin de establecer un plan de trabajo que no interrumpa sus actividades habituales —manifestó el joven—. Ya sabe que tengo un cliente interesado en conocer el origen de su apellido…

—No será otro Howernley —rió el dueño de la casa.

—Oh, no, en absoluto. Se llama Cotheridge. Ya sabe que nunca faltan personas interesadas en conocer a sus antepasados y, si es posible, también su historia. En fin.

—Venga, por favor, pasemos a la biblioteca y allí hablaremos con toda tranquilidad. ¿Le apetece un whisky?

—Con mucho gusto.

Durante unos minutos, Withers y Howernley charlaron sobre el tema. Luego, el segundo hizo un amplio ademán con el brazo.

—Está a su disposición —declaró—. Sin límites de tiempo y prohibiéndole pensar, además, que me causa la menor molestia. Todo lo contrario, será un placer colaborar en sus investigaciones.

—Mil gracias, señor Howernley…

De pronto, se oyó un extraño sonido.

Parecía el lamento de un fantasma, un débil aullido que surgía de las profundidades del vetusto caserón, el gemido de un alma en pena, con unos tonos siniestros que ponían el vello de punta.

Withers se sobresaltó ligeramente. Howernley se echó a reír.

—No, no es el fantasma de la condolía —dijo—. Aparte de que, de ser cierta la leyenda, sólo saldría por la noche. Pero conviene que se fije en esa chimenea.

Withers volvió los ojos. En el centro de una de las paredes de la biblioteca se divisaba una gran chimenea, provista de una historiada repisa de piedra.

—El cañón de la chimenea posee unas raras propiedades —explicó el dueño de la casa—. En determinadas circunstancias, el viento, al penetrar en su interior, produce un extraño gemido, tal vez es este ruido el que alguien creyó ser el lamento del fantasma de la condesa.

—Sí, eso debe de ser —convino Withers, ya repuesto, con una sonrisa—. ¿Le importa que empiece mañana, a las nueve?

—Ésta es su casa —respondió Howernley llanamente.

CAPÍTULO IV

Howernley volvió rápidamente a la estancia donde aguardaban los otros individuos y señaló a dos de ellos.

—Ted, Miles, vamos.

—¿Qué es lo que sucedo? —preguntó Miles Charbonne.

—No hagas preguntas, pronto lo sabrás. Vosotros dos, seguid aquí y no os mováis.

Ted Guild y el otro siguieron inmediatamente al dueño de la casa. Momentos después, se hallaban en un lóbrego subterráneo.

La cripta ocupaba prácticamente toda la extensión del edificio y estaba sostenida por cuatro recias columnas, enlazadas por amplios arcos, con nervaduras en la piedra. Howernley estudió la disposición del subterráneo durante unos momentos y, al fin, creyó haber hallado la solución.

—No se me ocurrió —maldijo a media voz.

—¿Inconvenientes? —preguntó Ted Guild.

—Por fortuna, el visitante se quedó convencido de que el lamento del fantasma no se podía escuchar a las cuatro de la tarde. Pero es preciso evitar que se repita.

—Empiezo a sospechar que oyó los gritos de June —dijo Charbonne.

—Sí, eso tuvo que ser a la fuerza.

—Si la hubiéramos liquidado, como dije en un principio…

—No podemos hacerlo, todavía no —contestó Howernley abruptamente—. Vamos, Ted, abre.

El subterráneo estaba alumbrado por un par de lámparas de escasa potencia. Sin embargo, era suficiente para que los tres hombres pudieran ver claramente lo que hacían.

Charbonne se acercó a un trozo de la pared y empujó una piedra. Parte del muro giró a un lado, dejando ver un hueco en

cuyo interior habla una mujer atada con cadenas a una anilla situada en la pared del fondo.

June parpadeó, deslumbrada.

—¿Vienen a soltarme? —preguntó.

—Antes tienes que hablar —dijo Howernley—. Y ya sabes qué es lo que queremos que nos digas.

—No sé nada —contestó ella, desmayadamente.

—Entonces, ahí seguirás. Todos los días vendré a verte. Sólo te soltaré cuando hayas hablado. Veremos si, después de una semana, con un cuarto de litro de agua y ciento cincuenta gramos de pan a diario, sigues pensando lo mismo.

June estaba sentada en el suelo. La cadena poseía la suficiente longitud para permitirle cierta libertad de movimientos en su horrible encierro.

Howernley metió medio cuerpo en el hueco y miró hacia arriba.

—Claro, así se oyeron los gritos de esta loca —dijo—. Mira, Ted.

Guild se asomó también.

—Hay un hueco… Parece un respiradero…

—Es un respiradero, que se une al cañón de la chimenea que hay en la biblioteca, seguramente, ya en el segundo piso. Pero los gritos pueden oírse, aunque muy débiles. Lo siento, no se me ocurrió cuando la encerramos, pero he conseguido convencer al visitante de que era el viento.

—Bien, ¿qué hacemos? —preguntó Charbonne.

—Allí hay un baúl con ropas viejas —indicó Howernley.

Minutos después, el hueco, de sección cuadrada y de unos veinticinco centímetros de lado, quedaba tapado por completo con un puñado de vestidos viejos.

Al terminar, Howernley miró siniestramente a la prisionera.

—Seguirás emparedada hasta que hables —insistió.

La puerta se cerró y June quedó a solas en la oscuridad, con sus miedos y sus terrores. No sabía absolutamente nada, salvo que se trataba de algún asunto reñido con la ley.

Pero aunque hubiera sabido algo, tampoco habría hablado.

Hubiera sido lo mismo que condenarse a muerte.

Y deseaba vivir, desesperadamente.

* * *

—¿Ha conseguido algo? —preguntó Vivian, durante la cena.

—Mañana empezaré a trabajar en la biblioteca, en donde se hallan también los archivos —contestó él.

—Le deseo toda suerte de éxitos, aunque me gustaría saber si hay más Howernley repartidos por el mundo.

—En todo caso, no tienen relación con el actual dueño de Brury Abbey —declaró Withers—. El nombre de mi cliente es Cotheridge.

—¡Cotheridge!

Withers captó la sorpresa que latía en aquella exclamación.

—¿Le suena? —preguntó.

—Es curioso —dijo Lilian—. En mis investigaciones he encontrado a una persona que ostentaba ese apellido.

—Vaya, a última hora va a resultar que realizamos trabajos convergentes —exclamó el joven.

—Pudiera ser —sonrió Lilian—. ¿Ha estudiado a fondo la leyenda de la condesa?

—Un poco. Lo que no acabo de creer es en el oro que lord Howernley no pudo emplear para salvar su vida del hacha del verdugo.

—¡Espada, espada! Como noble, tenía derecho a morir decapitado por la espada y no por el hacha.

—La diferencia es nimia —rió Withers—. Total, se trata de un corte de cuello y, en este caso, lo que importa es que el metal esté bien afilado.

Lilian se estremeció.

—Debía de ser horrible —murmuró—. Claro que, si hoy pensamos en los riesgos de la bomba atómica…

—Dejemos esto, señorita Hall. Voy a hacerle una proposición.

—Sí, hable —accedió la joven.

—Parece que coincidimos hasta cierto punto en nuestro trabajo. ¿Por qué no actuamos conjuntamente? Es decir, hasta cierto punto, porque queda claro que cada cual investigamos para un cliente. Pero un mínimo de colaboración resultaría útil.

—No me parece mal —convino la muchacha—. Mi cliente se llama Ann Brewder, pero su apellido de soltera era el de Hallyburton, el mismo de la condesa Vivian, como recordará.

—Creo que entiendo —dijo él—. Si no me equivoco, la señora Brewder pretende descender de la condesa.

—Exactamente.

—Mi cliente se apellida Cotheridge. Él no dice que descienda del conde, sino de un capitán de armas de lord Howernley, apellidado de este modo. Le interesa conocer su ascendencia.

—Muy bien, si yo encuentro algo en el archivo referente a Cotheridge, lo avisaré a usted y viceversa, si hallase algo sobre la señora Hallyburton.

—De acuerdo, pero ¿me permite una observación, señorita Hall?

—No faltaría más, aunque estimaría que me llamase por mi nombre.

—Conforme —sonrió él—. Recuerde el mío, Dick. La observación, Lilian, es la siguiente: si la condesa murió emparedada y sin descendencia, ¿cómo puede alguien pretender que ella fue su antepasado? A menos, claro está, que tuviera un hijo de soltera, es decir, antes de casarse con el conde, cosa muy improbable.

—Eso es, precisamente, lo que yo he venido a averiguar, Dick —respondió la muchacha.

—Bien, trataremos de encontrar la mayor cantidad de datos posibles. Y esperemos que el fantasma de la condesa no obstaculice nuestras investigaciones —dijo Withers.

—En confianza, ¿creo en esa leyenda?

—No, pero es bonita, ¿verdad?

Rieron los dos a la vez. De pronto, Withers se puso serio.

—Aunque, de todos modos, otro que fuese menos incrédulo, podría decir que había oído el lamento del fantasma —dijo.

—¿Cómo?

Withers le relató el incidente de la chimenea que había en la biblioteca del castillo.

—De modo que dice que el viento, al soplar por el cañón de la chimenea, emite esa especie de gemido —dijo Lilian.

—Sí, y supongo que será también en ciertas condiciones, es decir, cuando sople de una determinada dirección, pero, claro, esto no tiene la menor importancia.

Ella frunció el ceño.

—Dick, que yo sepa, la atmósfera ha estado hoy muy tranquila. La chimenea de mí casa, allá en Massachusetts, también silba en ocasiones, cuantío el viento sopla fuerte —dijo—. Pero hoy he estado paseando por los alrededores y he podido darme cuenta de

que no soplaba siquiera una brisa. Claro que, a cinco millas, en Brury Abbey, las circunstancias atmosféricas podían ser diferentes…

Withers meneó la cabeza.

—No, no eran diferentes —manifestó—. Ahora que lo dice, yo también recuerdo el detalle. Los árboles que rodean Brury Abbey estaban completamente quietos.

—Entonces, ¿hemos de pensar en el fantasma de la condesa?

—Sería un fantasma muy madrugador, ¿no le parece? Lo más seguro es que ese silbido haya sido producido por una racha aislada del viento… y lo más conveniente será que dejemos de preocupamos por ese detalle que, a fin de cuentas, no tiene ninguna importancia.

Lilian se mostró de acuerdo con el joven. Luego, la conversación tomó otros derroteros. Withers miró más de una vez la mano izquierda de la muchacha, pero el anillo no estaba a la vista. Otro rato lo preguntarla por la joya, se dijo.

* * *

El gemido se oyó con toda claridad. Miles Charbonne, sobresaltado, se sentó bruscamente en la cama.

Aguzó el oído. De nuevo volvió a escuchar aquel espeluznante gemido de alma en pena, que se acercaba lentamente al pasillo.

¿Era cierto que el fantasma de la condesa se paseaba por el enorme caserón, pidiendo venganza?

El actual dueño de Brury Abbey les había relatado la leyenda, aunque cuidándose de añadir que él no creía en fantasmas y que todo era producto de mentes calenturientas. Pero Charbonne no estaba muy seguro de que no fuese una realidad.

El gemido se alzaba con trémolos de distinta intensidad. Atraído por uno morbosa curiosidad, Charbonne se puso en pie de un salto y, cubriéndose con una bata, corrió hacia la puerta del dormitorio.

Por precaución, llevaba una pistola en la bata. Nunca estaba de más, ni siquiera contra los fantasmas, se dijo a sí mismo.

Asomó un poco la cabeza. El corredor aparecía desierto, iluminado solamente por una lámpara de pequeña intensidad.

Alcanzó el borde de la historiada barandilla de piedra. Entonces, sus ojos amenazaron con salirse de las órbitas.

—¡El fantasma! —murmuró.

Abajo, en el espacioso vestíbulo, se divisaba una forma blanca, de contornos vagos y de la que se desprendía un extraño resplandor. El fantasma se deslizaba por el suelo en dirección al gran salón.

Charbonne dudó unos instantes. Luego, de pronto, acometido por un impulso irresistible, corrió hacia la escalera y la descendió a saltos. Llegó al salón y abrió la puerta de par en par.

No había el menor rastro del fantasma. En cambio, divisó la luz de una lámpara, enfocada hacia el retrato de la condesa.

Avanzó otros dos pasos. Entonces, de pronto, sintió la presión de unas manos que se cerraban en torno a su cuello.

Un olor extraño, repugnante, como de carne podrida, invadió su pituitaria. Charbonne intentó luchar, pero las fuerzas lo abandonaron rápidamente.

A la mañana siguiente, Robert, el mayordomo, encontró un cuerpo tendido al pie del retrato de la condesa.

Inmediatamente, subió a avisar al dueño de la casa. Robert hizo algo de ruido y los otros huéspedes se despertaron.

Ted Guild asomó a la puerta de su dormitorio.

—¿Qué sucede, Robert? —preguntó.

—Algo horrible, señor —contestó el mayordomo.

Romney y McCallum se hicieron también visibles. Howernley salía en aquel instante del dormitorio.

—Vamos, Robert —dijo.

Los otros tres, acuciados por la curiosidad, le siguieron inmediatamente. Momentos después, llegaban al salón.

—¡Rayos! —exclamó Guild.

—Es Miles —dijo McCallum.

Romney giró en redondo, para no ver el cadáver. Howernley, haciendo un esfuerzo, se arrodilló junto al cuerpo inmóvil.

—Está muerto —dijo a los pocos segundos.

—Pero ¿qué diablos le ha pasado? —estalló McCallum.

Howernley se levantó lentamente. Sus ojos estaban fijos en el retrato de la condesa.

Guild y los otros dos repararon en su expresión.

—Oye, no irás a decir que el fantasma… —McCallum tragó saliva.

Howernley paseó la mirada a su alrededor.

—Veo una botella casi vacía —dijo—. Seguramente, Miles bebió

algunos tragos de más y el alcohol le hizo ver visiones que no existían sino en su mente. Entonces, se lo paró el corazón de miedo.

—Oh, no, no… —Barbotó Romney—. Es una explicación demasiado fantástica…

—¿Quieres darme tú otra mejor, sobre todo, sabiendo que no podemos avisar a la policía?

Sobrevino un momento de silencio.

Al fin, Guild hizo un gesto con la cabeza.

—Lo mejor será que quitemos este estorbo de en medio —propuso—. Tú sabes mejor que nadie dónde debemos llevarlo, ¿no es cierto?

Howernley asintió.

—Debemos darnos prisa —dijo—. Espero un visitante dentro de poco rato.

McCallum y Guild, ayudados por Robert, cargaron con el cadáver. Romney caminó detrás, junto a Howernley.

—Oye —susurró en voz muy tenue— ¿es de confianza tu mayordomo?

—De absoluta confianza —respondió Howernley enfáticamente —. Haría cualquier cosa que yo le pidiera.

Romney se dio por satisfecho con la respuesta.

CAPÍTULO V

—Bueno —dijo Lilian, después de varias horas de trabajo—, por ahora, no parece que haya adelantado nada. ¿Y usted, Dick?

Withers estaba sentado frente a una mesa, con un grueso legajo delante de si, y se puso en pie, a la vez que sacaba una pitillera.

—Tampoco, pero en esta clase de asuntos conviene ser paciente y no perder la esperanza —contestó, a la vez que alargaba la pitillera a Lilian.

Encendieron los cigarrillos. Después, Lilian miró hacia la chimenea.

—De modo que por ahí se oyen los silbidos del viento —dijo.

—Al menos, yo los escuché ayer.

—Me gustaría pernoctar en esta casa. Tal vez vería el fantasma de la condesa —sonrió ella.

—¿No le cernería?

—¿Por qué? Ella sólo pide justicia…

—Sí, pero ¿en quién?

—Fue condenada injustamente, Dick.

—¿Cómo lo sabe?

Lilian se sonrojó.

—Lo presiento —contestó.

—Usted está a favor de una persona de su mismo sexo —sonrió él.

—Ah, usted la habría hecho emparedar…

—Lilian, por favor, yo no quería decir tal cosa. Lo que yo trataba de señalar es que me parece que la condesa fue infiel a su esposo. Pero eso no significa que yo esté de acuerdo con el bárbaro castigo a que fue sometida.

—Menos mal —dijo Lilian con sorna—. Oiga, el tiempo parece que empeora —advirtió de pronto.

Withers miró a través de la ventana. El cielo estaba cubierto de nubes plomizas, que amenazaban lluvia. Las nubes se movían con bastante velocidad, debido a un viento bastante fuerte, que agitaba las copas de los árboles.

—Oiga, ahora debería oírse el gemido en la chimenea —exclamó él.

—Quizá el viento tiene que soplar de otra dirección. ¿O es que desea oír de nuevo ese sonido?

—No, por supuesto; era sólo un simple comentario. ¿Continuamos?

A las tres de la tarde, decidieron dar por terminada la jornada.

—Continuaremos mañana —dijo Lilian—. Lo malo es que el tiempo no nos va a acompañar.

—Acaso habría querido salir de paseo —adivinó él.

—Siempre conviene estirar un poco las piernas —le sonrió la muchacha.

Salieron al vestíbulo. De pronto, Withers recordó algo.

—Espere, por favor —pidió.

Se acercó a un cordón que pendía junto a uno de los muros y tiró un par de veces. Robert, el mayordomo, apareció a los pocos momentos.

—¿Señor? —dijo, cortés.

—No querría ser molesto, pero me gustaría ver de nuevo el retrato de la condesa —manifestó Withers.

—Lo siento, señor, pero tendrá que ser en otro momento —respondió el mayordomo—. El señor está en conferencia con unos amigos suyos.

—¡Oh, negocios! —murmuró el joven.

—Así es, señor.

Withers esbozó una sonrisa de circunstancias.

—Es igual, mañana, por ejemplo —contestó—. Gracias de todos modos, Robert.

—A su disposición, señor. Señorita…

Withers y la muchacha salieron del caserón. Habían llegado en el coche del joven y partieron inmediatamente hacia Vynerville.

Apenas se habían alejado, McCallum, que estaba junto a una de las ventanas, aunque prudentemente oculto tras las cortinillas, se volvió hacia el dueño de la casa.

—Felton, esto no me gusta en absoluto —rezongó.

—¿Por qué? ¿Tienes algo contra esa pareja? —preguntó Howernley, con cara de aburrimiento.

—No me fío de ellos, eso es todo. Debiéramos estar solos…

—Sí me negase a lo que han pedido, resultaría aún peor. Sospecharían, recelarían… Es mejor que las cosas sigan normales, como hasta ahora. Ah, y si en alguna ocasión os presento a ellos, seréis unos hombres de negocios que habéis venido a tratar conmigo, a la vez que os tomáis unas cortas vacaciones, cazando patos silvestres. ¿Está claro?

—Si saliera bien…

—Todo saldrá bien —aseguro Howernley—. ¿O no lo habíamos planeado así desde el primer momento?

McCallum llenó su copa.

—De todos modos, hay alguien que me preocupa —dijo.

—¿La fulana?

—No, Slim Barnes.

Howernley se echó a reír.

—Confío tanto en él, como en mi mayordomo —respondió.

* * *

—Señor Withers…

El interpelado se volvió al escuchar su nombre. El conserje del hotel movía una mano discretamente, desde el otro lado del mostrador.

—Dígame —contestó Withers.

—Desearía hablar con usted… A solas, por favor.

—Está bien —accedió el joven—. Aquí estamos solos.

—Por favor, entre en el despacho.

Withers dio la vuelta el mostrador y siguió al conserje. Lo había visto muy preocupado y el hecho le intrigó.

—Usted dirá, amigo mío.

—Me llamo Angus Rareton, pero puede llamarme Angus, señor. Se trata de… de mi compañero de noche. Bueno, somos dos conserjes y nos turnamos para los días y las noches…

—Sí, me imagino. ¿Y bien, Angus?

—Still Ferries es un tipo extraño. No lleva demasiado tiempo en el hotel y sé comporta, a veces, de forma un tanto inadecuada.

—Lo siento, pero no sé qué tiene eso que ver conmigo —sonrió Withers—. En todo caso, ¿por qué no lo comunica a la dirección?

—Verá, señor…

De pronto, Rareton se acercó a un armario y lo abrió. Withers pudo ver un transmisor portátil.

—Es de Ferries —indicó el conserje.

—Bueno, cualquiera puede tenerlo…

—Sí, pero ¿por qué avisar a Brury Abbey de la llegada de la señora Orkney?

—¿Lo oyó usted?

—Casualmente, señor. Al día siguiente, la señora Orkney se marchó.

—Sé que tenía que hablar con el señor Howernley, pero supongo que, terminado el asunto que la trajo aquí, se volvería a Londres.

Rareton meneó la cabeza.

—Yo no estaba cuando ella se marchó, pero sí puedo decirle que la oí comentar lo poco madrugadora que era. No tenía prisa por volver a Londres, al menos, para arrancar de aquí a las seis de la mañana, como dijo Ferries.

—Usted no estaba en el hotel.

—Vivo enfrente, señor Withers. Precisamente ese día, me había levantado un poco antes de lo ordinario. Aunque todavía era de noche, podía distinguir la calle desde la ventana de mi dormitorio. Créame, ni a las seis ni a las seis y media ni a las siete estaba el coche de la señora Orkney en la puerta fiel hotel. Y si hubiese arrancado a esas horas, yo habría oído el motor. Vynerville es muy silencioso y por las noches todo está, absolutamente calmado.

—Empiezo a comprender, aunque sólo en parte. Tal vez ella marchó más temprano…

—Entonces, ¿por qué me dijo Ferries que se había marchado antes de las siete?

Withers se quedó perplejo.

—No lo sé, Angus —respondió al cabo—; pero, en todo caso, ¿por qué me lo cuenta a mí? No puedo decir que fuese amigo de la señora Orkney; simplemente, la conocí aquí…

—El señor es detective, ¿no? —dijo Rareton.

Withers contuvo una carcajada.

—Angus, es cierto que soy investigador, pero no al modo clásico

de Sherlock Holmes, como usted piensa —respondió—. Yo investigo problemas personales, antecedentes de todo género, redacto Informes privados, pero, cuando por casualidad me topo con algún asunto criminal, cosa que sólo me ha sucedido un par de veces, avisó inmediatamente a la policía.

—¡Oh! —El rostro de Rareton expresó una gran decepción—. Yo pensé que… Lamento haber molestado al señor…

—Todo lo contrario, ha sido un placer dejar las cosas algo clarificadas. De modo que usted opina que la señora Orkney no se fue a Londres.

—No, señor —respondió el conserje con firme acento.

—Entonces, ¿qué sucedió?

—Temo lo peor.

—¿Un asesinato?

Rareton movió la cabeza arriba y abajo repetidas veces.

—Eso es lo que sospecho —dijo enfáticamente.

—En todo caso, ¿estuvo usted en la habitación de la señora Orkney después de su marcha?

—Sí.

—¿Encontró algo que apoye sus sospechas?

Rareton metió la mano en el bolsillo y sacó algo, que enseñó al joven. Era un medallón de oro, muy bonito, con algunas piedras de valor.

—Se lo vi puesto todo el tiempo, mientras estuvo aquí —dijo el conserje—. SI estuviese en Londres, ¿no cree que ella habría llamado al hotel para ver si estaba el medallón aquí? Muchos viajeros, más de una vez, han hecho lo mismo por objetos olvidados… Sucede en todos los hoteles, señor.

Withers tomó la joya con dos dedos. El medallón era algo que June no pasaría por alto, apenas notase su falta.

Y él mismo recordaba haberlo visto en su espléndido escote. No había línea telefónica desde Vynerville con Brury Abbey, pero ¿por qué un conserje de conducta extraña comunicaba la presencia de una cliente al dueño del caserón?

De pronto, algo volvió a su memoria. La noche de su llegada a Vynerville, había oído ruidos extraños en la habitación contigua, que pertenecía a June. Entonces no les concedió la menor importancia, aparte de que tampoco había estado seguro de que se

hubiesen producido tales ruidos, debido a las lógicas brumas del sueño.

—Así, pues, Ferries aseguró que la señora Orkney había vuelto a Londres y que había abandonado el hotel antes de las siete de la mañana —dijo al cabo.

—Sí, señor. Pero eso no ocurrió en modo alguno —insistió Rareton.

—Hagamos una cosa, Angus —propuso el joven.

—Lo que usted diga, señor Withers.

—Realmente, no tenemos la seguridad de que se trate de un asesinato. Pero yo dispongo de amigos en Londres, de la profesión, que pueden investigar el paradero de la señora Orkney. ¿Le parece bien?

Una clara expresión de alivio surgió en el rostro del conserje.

—Sí, señor, estupendamente —contestó.

—Ah, Angus, por favor, no diga a su colega Ferries nada de lo que hemos hablado de la señora Orkney —advirtió el joven.

—No pensaba decirle nada, por supuesto. Pero la señora Orkney me agradó mucho; era muy simpática y amable y daba buenas propinas y, sobre todo, no tenía nada de orgullosa. Sentiría que le hubiese sucedido algo malo —concluyó Rareton.

* * *

La puerta del encierro se abrió. Sentada en el suelo, June Orkney miró al hombre que había aparecido frente a ella.

Howernley dejó en el suelo un vaso lleno de agua y un minúsculo pedazo de pan.

—¿Todavía no quieres hablar?

June movió la cabeza negativamente.

—No sé nada —contestó, obstinada.

Howernley se encogió de hombros.

—Un día me cansaré de darte comida —dijo.

—Mala suerte —respondió ella fríamente. Pero, en cuanto muera, ¿cómo hará desaparecer mi cadáver?

—Una buena pregunta. ¿Quieres ponerte en pie?

—Desde luego.

La cadena tintineó. Howernley retrocedió una docena de pasos y puso la mano sobre una de las columnas que sostenían la bóveda de

la cripta.

Parte del suelo se levantó en el acto. Era una losa de enorme grosor, y de metro y medio de lado.

—Nadie sino yo, conoce la existencia de este pozo —dijo, sonriente, el dueño de la mansión—. Tu bonito cuerpo se pudrirá aquí.

—Amigo mío —contestó June, impasible—, si de algo he de darle las gracias por el encierro, es por la dieta sometida. Realmente, me convenía perder unos cuantos kilos. Ya empezaban a llamarme gorda, ¿sabe?

Howernley lanzó una maldición. Empezaba a darse cuenta de que estaba ante una mujer de férrea voluntad. June era menos asustadiza de lo que había pensado en un principio. Claro que, bien mirado, llevaba muy pocos días en su encierro.

El hambre, la soledad y la oscuridad, además del frío, acabarían por doblegar su resistencia.

—Muy bien, no hay prisa —sonrió.

Se acercó a la puerta de la celda y la cerró.

June quedó nuevamente a solas.

La puerta tenía unos diminutos orificios, destinados a la ventilación. June sabía que era inútil gritar, porque, ordinariamente, no había nadie en la cripta.

Pero en un par de ocasiones, la luz había quedado encendida. Como ahora, por ejemplo.

Un poco más tarde, aquella debilísima luz que penetraba por los agujeros le permitió ver el interior de su diminuta celda. Lo primero que hizo fue comer el pan. Luego, cauta, bebió solamente la mitad del líquido que había.

Dejaría el resto del contenido del vaso para el día siguiente, cuando le apremiase la sed. Luego contempló especulativamente el agujero tapado con los vestidos.

De la cadena no había dicho nada. Estaba en torno a su cintura, pero había perdido ya unos cuantos kilos. En cuanto perdiese otro tanto, sus rotundas caderas quedarían mucho más esbeltas.

O quizá pudiera pasar la cadena por la parte superior de su cuerpo. De momento, lo que le interesaba era alcanzar el obturado agujero de ventilación.

—Por un poco… —murmuró, enojada consigo misma.

El resto de la cadena poseía la suficiente longitud para permitirle moverse sin demasiadas dificultades por aquel cubículo que tenía apenas dos metros de lado. No disponía siquiera de un taburete, por lo que era inútil soñar en alcanzar los vestidos.

Pero quizá…

Eran unos vestidos viejos y ella había sido sorprendida con un simple camisón, encima del cual le habían puesto la bata. Al despertar, se había encontrado en aquel lugar, solamente con aquellas prendan y unas zapatillas que cubrían sus pies de mala manera.

June se situó en el centro de la celda. Probó la cadena.

Sonrió.

Luego tomó impulso y saltó hacia arriba más de dos palmos. La cadena tintineó sonoramente, poro su mano derecha agarró un poco de tela.

Al caer, arrastró consigo los vestidos. Olían a viejo, a humedad, pero podían aliviar no poco el frío que pasaba en aquel horrible lugar.

En cuanto a conseguir socorro por medio de la voz, era preciso olvidarlo. Aquel tubo no daba a ninguna parte.

De pronto, June notó que alguien apagaba la luz. Satisfecha, se envolvió con aquellos ropajes y se tumbó en el suelo.

CAPÍTULO VI

—¿Un asesinato? —repitió Lilian a la mañana siguiente, después de que Withers le hubiera relatado su diálogo con el conserje.

—Al menos, eso es lo que opina Angus —contestó él.

—¿Y usted?

Withers hizo una mueca, sin quitar la vista de la carretera, ya que se hallaba al volante de su coche.

—La conducta de las personas, a veces, es muy rara. Pero, mire…

Rareton le había dejado el medallón. Sujetando el volante con una mano, Withers metió la otra en el bolsillo y sacó la Joya.

—Si fuese suya y se la hubiese olvidado, por ejemplo, en el hotel, ¿no la reclamarla por teléfono al volver a Londres?

Lilian contempló el medallón unos instantes. Era de valor, pero, en su opinión, el gusto de su poseedora era más que dudoso.

—Desde luego. El medallón vale unos cientos de libras —contestó—. Entonces, ¿por eso sospecha Angus que la señora Orkney ha sido asesinada?

—Sí, pero esta mañana, he hablado con un amigo en Londres. June dejó su dirección en el registro del hotel. A la tarde, tendré la respuesta y sabremos si volvió o no a Londres.

—Bueno, vale la pena averiguarlo para tranquilizar a Angus. Pero imagínese que fuese un asesinato. ¿Qué haría usted?

—Avisar a la policía. Inmediatamente, por supuesto —respondió él sin vacilar.

De repente, sonó un estampido a poca distancia.

Apenas se había oído la detonación, sonó otra. El coche se ladeó bruscamente y empezó a zigzaguear por la carretera.

Por fortuna, la velocidad era moderada y Withers consiguió dominar el vehículo. Lilian estaba muy pálida.

—¿Un reventón? —preguntó.

—Sí, pero a consecuencia de un disparo… ¡Agáchese, pronto!

Ella obedeció, aturdida y temerosa. A través del espejo retrovisor, Withers había divisado a un hombre armado con una escopeta, que corría hacia ellos.

—Por favor, disculpen —rogó el desconocido a gritos—. Ha sido un terrible error. Me siento consternado…

Withers se apeó del coche.

—Estaba cazando y me salió una pieza tan inesperadamente —continuó el individuo—. La vegetación es muy densa en la orilla de la carretera y sólo vi el coche cuando era demasiado tarde… No sé cómo disculparme, señor…

Withers frunció el ceño. Dio la vuelta al vehículo y contempló la rueda posterior derecha, deshinchada por la perdigonada.

—Menos mal que tiró bajo, amigo —rezongó.

—No sé cómo disculparme. Por supuesto, aparte de que le ayude ahora a cambiar la rueda, puede contar con los gastos que le ocasione su reparación o, incluso, la compra de una nueva. Me hospedo en el hotel de Vynerville…

—No le he visto esta mañana ni anoche, señor…

—Darsten, Félix Darsten —se presentó el desconocido, que era un hombre de aspecto más bien timorato y de unos treinta y siete años—. Llegué un poco tarde y madrugó —explicó, sonriendo.

—Yo soy Richard Withers. Ella es la señorita Lilian Hall, de los Estados Unidos —dijo el joven.

Darsten se quitó el sombrero con la plumita, ya que Lilian se acercaba en aquel momento. La muchacha contempló la rueda y luego miró al cazador.

—Tiró bajo —manifestó.

—Sí, una liebre…

—Menos mal que no era una avutarda, porque entonces nos habría volado la cabeza.

—Señorita Hall, me siento terriblemente abrumado por la torpeza cometida. Tenga la bondad de disculpar a un imprudente, que se cegó con la pieza que corría de modo tan tentador.

—Está bien —sonrió Withers—. Puesto que nadie ha sufrido daños físicos, será mejor que empecemos a olvidarlo. A la noche, en el hotel, le exigiré daños y perjuicios en forma de un par de

whiskys, señor Darsten.

—Oh, con gran placer —contestó el cazador, a la vez que dejaba a un lado la escopeta y el morral, para disponerse a ayudar en el cambio de rueda.

Minutos más tarde, el coche reanudaba la marcha hacia Brury Abbey. Darsten, con la escopeta al hombro, se internó otra vez por los campos, en busca de una víctima para sus perdigones.

Durante la mañana, trabajaron con ahínco, sin encontrar ninguno de los dos gran cosa que les ayudara en sus investigaciones. A mediodía, Howernley les invitó a un pequeño refrigerio en el salón. Withers pudo admirar así a su sabor el retrato de la condesa, en el que lucía el anillo, reproducido con tanta fidelidad.

De pronto, Withers recordó algo como un relámpago que estallase en su mente. Fue a decirlo, pero el instinto le hizo callar.

«Más tarde», pensó.

Cuando salían del salón, vieron a tres individuos en el vestíbulo. Howernley hizo las presentaciones. Guild, McCallum y Romney contestaron brevemente a los saludos que se les dirigían. Luego abandonaron la casa.

—Estamos preparando un negocio y tenemos que discutir antes bien todos los puntos de vista —explicó el dueño de Brury Abbey—. Y mientras, ellos se toman unas pequeñas vacaciones, puesto que las discusiones no tienen hora fija ni han de seguir el de su trabajo habitual.

—No es mala idea y, el lugar, es estupendo para reunirse sin demasiadas preocupaciones —convino Withers con una sonrisa.

Regresó con la muchacha a la biblioteca y permanecieron en ella casi hasta las cinco de la tarde. Después, volvieron al hotel, cuando empezaba a anochecer.

Apenas entraron en el hotel, Rareton hizo un gesto a Withers. El joven se disculpó, separándose de Lilian para acercarse al mostrador de recepción.

—Dígame, Angus.

—Ha telefoneado su amigo, el señor
O'Hara.
Llamó hace medía hora escasa. Me encarga le diga que la señora Orkney no ha regresado a su domicilio habitual. No obstante, por si

estuviera en otra parte, continuará investigando.

—Gracias, Angus. ¿Vamos a acabar creyendo en su teoría?

—Yo he creído en ella desde el primer momento, señor —respondió el conserje.

Withers reflexionó unos momentos. Luego, dijo:

—De todos modos. Angus, esperemos una nueva llamada del señor
O'Hara.

—Por supuesto, señor.

De pronto, Withers sonrió.

—A propósito, hoy hemos tenido un encuentro… ¿Cómo le ha ido la caza de liebres al señor Darsten?

Rareton puso cara de asombro.

—¿Liebres? —repitió—. Señor Withers, hace una infinidad de años que no se ve una sola liebre en la comarca. La fama de esta zona, en todo caso, se la llevan los patos salvajes, pero no las liebres.

El joven se quedó desconcertado. ¿Era posible que un cazador no supiera la clase de presas que podía encontrar allí para su escopeta?

Pero siempre había cazadores despistados, se dijo. Todavía más le preocupaba lo que podía haber sido de la señora Orkney.

* * *

En aquellos momentos, June estaba volviendo los vestidos a su sitio. Lo hacía a saltos, procurando encajar aquellos ropajes en el hueco. Sabía que la visita diaria de Howernley estaba a punto de producirse y no quería que la viera con los ropajes en el suelo. Claro que siempre podría alegar que se habían caído, pero prefería que los viejos vestidos estuvieran en su sitio.

Al fin, lo consiguió. Sorprendentemente, June se encontraba en bastante buen estado, pese a la dieta. Ella lo atribuía a que estaba eliminando los kilos de más. Pero si el encierro se prolongaba, acabarla por debilitarse.

No obstante, envuelta en aquellos ropajes, había pasado la noche y el día en mejores condiciones, ya que había conseguido evitar el frío. Para distraerse, inició una serie de ejercicios gimnásticos, limitados, debido a su situación. Hizo flexiones de torso, y luego, también de brazos y piernas. Todo antes que dejarse

abandonar.

Howernley no la conocía bien, se dijo. De pronto, vio que se encendía la luz en la cripta.

Volvióse de espaldas a la pared donde estaba sujeta la cadena. Al cabo de pocos momentos, notó que se abría la puerta que simulaba un trozo de muro.

—Hola —dijo Howernley—. ¿Nada de nuevo todavía?

June no contestó. En realidad, tenía los ojos fijos en la anilla. Si pudiera disponer de algún instrumento duro para ir rascando en la argamasa que sujetaba la anilla a la pared…

—Está bien, puesto que no quieres hablar, volveré mañana a la misma hora. Quizá empiece a reducirte la ración —continuó el dueño de la casa.

Ella guardó un obstinado silencio. Howernley aguardó todavía unos minutos, pero viendo que June callaba y ni siquiera se volvía hacia él, cerró la puerta y se marchó.

Apenas se quedó sola, June giró en redondo. Alcanzó el vaso, tomó un corto sorbo de agua y comió la cuarta parte de la ración de pan.

Luego miró hacia arriba. Más tarde, descolgaría los vestidos. Pero ¿cómo podría conseguir algo duro? Ni siquiera tenía los pendientes y mucho menos la pulsera metálica de su reloj.

Las cadenas tintinearon al moverse. Maquinalmente, June pasó sus dedos por los eslabones. De repente, se sintió tentada de lanzar un grito de alegría.

La cadena rodeaba su cuerpo con un par de vueltas. Un grueso candado sujetaba dos eslabones, pero un trozo de cadena, de unos cuarenta centímetros, pendía suelto.

El último eslabón estaba parcialmente roto, June pasó las yemas de los dedos por el lugar de la fractura. Luego, acercándose a la pared, empezó a rascar la argamasa, muy lentamente, sin prisas.

La anilla estaba sujeta a una clavija y ésta era la que se hallaba encastrada a la pared. Bien, era cuestión de armarse de paciencia.

* * *

A la hora de la cena, Withers comunicó a Lilian el resultado de la investigación de su colega.

Darsten cenaba en una mesa algo separada de la que ocupaba la

pareja. Lilian se mostró preocupada al conocer la noticia.

—Sí, pero, en tal caso, ¿quién la ha asesinado? —dijo.

Withers se encogió de hombros.

—No tengo la menor idea, como tampoco sé lo que vino a hacer aquí, excepto que quería reunirse con un amigo, que falleció el día de su llegada.

—¿Y ese amigo estaba en Brury Abbey?

—Sí. Yo lo vi en su féretro.

—¿Lo conocía?

—No, nunca lo había visto. Y tampoco pregunté a June cuál era su relación con el difunto. De todos modos, ella dudó que la muerte de Fellerman fuese como consecuencia de un ataque al corazón. Es más, me dijo que, a veces, Fellerman tenía que retirarse de la circulación, usted puede imaginarse fácilmente los motivos.

Lilian sonrió.

—Sí, me los imagino —repuso.

—Ella dijo que sabía que Fellerman podía hallarse en Brury Abbey, porque él había anotado el nombre en una agenda, la cual destruyó, al menos en parte. Pero el nombre de Brury Abbey no fue al sumidero, con el resto de la hoja, o de la agenda, no lo recuerdo bien, sino que quedó al pie. Entonces, la señora Orkney supuso que Fellerman podía estar aquí.

—Y se lo encontró muerto de un ataque al corazón.

—Justamente.

—Oiga, ¿sabe usted si avisaron al médico del pueblo?

Withers meneó la cabeza.

—No —contestó—. La verdad, di por sentado que lo habrían hecho ir a la casa…

—¿Dónde enterraron a Fellerman?

—Otro dato del que no me he preocupado, Lilian.

—Si suponemos que June fue asesinada y teniendo en cuenta que ella recelaba de que la muerte de Fellerman fuese natural, ¿no cree que convendría investigar los puntos que he mencionado?

—Ciertamente, sí —convino él—. Pero creo que deberíamos movernos con mucho tiento. No olvide que hemos venido aquí para otra clase de investigaciones muy distintas y que tenemos unos clientes que nos pagan.

—Es verdad —murmuró Lilian—. Tenemos un trabajo… Mire,

empezaba a entusiasmarme ya con este misterio.

Withers rió suavemente.

—Todo se puede compaginar, aunque la segunda investigación, se lo recomiendo, deberá hacerse con el máximo de discreción —dijo.

—Hay otra cosa que deberíamos saber, Dick.

—Dígalo, Lilian.

—¿Dónde, cómo y por quién fue asesinada June, si es que, de verdad, murió violentamente?

—Antes de hacer nada, tenemos que confirmar su desaparición, cosa que no ocurrirá hasta mañana —respondió él.

Lilian asintió. Hasta el día siguiente no volvería a llamar el colega de Withers. De pronto, antes de que pudieran continuar hablando, se les acercó Darsten.

—Observo que han terminado de cenar —manifestó—. Antes no les vi, por lo cual no pude invitarles a la copa que les prometí esta mañana. ¿Aceptarían ahora, en el saloncito?

Withers consultó a la muchacha con la vista. Lilian hizo un gesto de aquiescencia.

—Sí, vamos allá —aceptó.

—He oído hablar de la leyenda del fantasma de la condesa —dijo Darsten momentos después—. ¿Qué opinan ustedes sobre el particular?

* * *

El fantasma ululó pasada la media noche.

McCallum se sentó en la cama, bruscamente sobresaltado.

Escuchó. El gemido se acercaba a su dormitorio.

McCallum se sintió aterrorizado. ¿Era cierto que el alma de la condesa vagaba por las noches en aquel inmenso caserón?

Recordaba muy bien la forma en que había sido encontrado su amigo Miles Charbonne. Estaba muerto, al pie del retrato de la condesa y, en su cara, había una mueca de horror infinito.

¿Qué había visto Charbonne antes de su muerte?

De pronto, oyó ruido de uñas que rascaban la puerta de su dormitorio. McCallum agarró la pistola que tenía bajo la almohada y apuntó en aquella dirección.

Sudaba copiosamente. Un reguero de líquido corrió desde su

sien hasta el pecho. La nariz le goteaba.

Los ruiditos cesaron. Luego se repitió el gemido, pero decreciente, como si se alejase.

Tras unos segundos de indecisión, McCallum se puso en pie. Vestido solamente con el pijama, asomó al corredor.

Abajo se divisaba una forma espectral. McCallum sintió que los cabellos se le ponían de punta.

—¡El fantasma!

Su mano tembló convulsivamente. El miedo le hizo olvidar incluso que tenía una pistola a punto.

Pero unos segundos más tarde, reaccionó y echó a correr por las escaleras hacia el vestíbulo. El fantasma había desaparecido en el salón.

McCallum entró en el salón.

De repente, se oyó un grito agudísimo que, no obstante, fue de muy corta duración.

Poco después, se percibió el sordo estruendo de un cuerpo humano que chocaba contra el suelo.

CAPÍTULO VII

—Ferries se comunicaba con Brury Abbey por medio de un transmisor portátil de radio —dijo Lilian—. Ahora bien, ¿por qué?

—Para qué, sería la frase más correcta, creo yo.

—¿De veras?

—No le quepa la menor duda. Ahora bien, ¿cuál es el interés de Howernley en los viajeros que llegan al hotel?

—En algunos de los viajeros, claro.

—Bueno, como quiera…

Estaban llegando ya a Brury Abbey. Robert, el mayordomo, les abrió con su cortesía habitual.

—Sentimos tanto molestarle —dijo Withers.

—Todo lo contrario, es un placer —respondió Robert.

El mayordomo les acompañó hasta la biblioteca. Dijo que más tarde les traería té y se retiró.

Withers y la muchacha iniciaron el trabajo sin pérdida de tiempo. A las diez y media, Robert vino con el servicio de té, que dejó sobre una mesa, retirándose a continuación.

De pronto, Withers pensó que era hora va de decidirse en un extremo que no se había atrevido a tocar hasta entonces.

—Lilian.

—¿Sí? —murmuró ella, distraída.

—Tengo que hacerle una pregunta.

—Bueno, hágala.

—Se trata del anillo de…

—¡Eh, mire! —exclamó Lilian bruscamente—. Creo que he encontrado algo de interés. Venga, acérquese, por favor.

Ella tenía un pergamino en la mano, un folio doble, plegado en dos hojas, repleto de una escritura hecha con letra menuda, pero bastante bien hecha.

—Mire —insistió—. Aquí pone: «Relación auténtica, de los hechos que acaecieron en el mes de setiembre del año del Señor de 1699…». ¡Es la fecha en que la condesa fue emparedada!

—Vamos a leerlo —propuso Withers.

La lectura les consumió largo rato. La relación estaba escrita y firmada por un tal Mortimer Lackley, titulado secretario y amanuense de lord Felton Howernley. En aquel relato se indicaba también el lugar exacto en que fue encerrada la infeliz condesa, para que muriese de hambre y de sed.

—Me gustaría encontrar ese in pace —dijo la muchacha.

—Todo lo más, encontraríamos unos huesos y una cadena mohosa —manifestó Withers.

—Pero sería la confirmación de la historia, ¿no le parece?

—La confirmación de una salvajada. Tal vez al actual lord Howernley no le gustase.

—Es una leyenda…

—Sí, pero si encontrásemos los restos de la condesa, el hecho se divulgaría.

—Comprendo. A mí tampoco me gustaría tener entre mis antepasados a un sujeto de semejante calaña —dijo Lilian—. Claro que, de todos modos, no me considerarla responsable de lo que hizo.

—¿Y el oro que debía servir para el rescate de lord Howernley, cuando ya estaba preso en la Torre de Londres?

Lilian sacudió la mano.

—¡Uf, vaya a saber dónde estará! Si es que alguna vez existió ese oro, porque hemos de tener en cuenta la posibilidad de que el mensajero que vino a buscarlo, acabara quedándose con él.

—Eso es verdad. De todos modos, creo que hemos dado un paso importante. Ahora, en lo que a mí respecta, al menos, me falta encontrar antecedentes de Cotheridge…

La puerta de la biblioteca se abrió con brusquedad. Un hombre entró y gritó:

—¡Howernley!

Sorprendida, Lilian lanzó un chillido de susto. Ted Guild se quedó desconcertado al ver a la pareja, de cuya existencia no se había acordado hasta aquel momento.

—Dispensen, estoy buscando a mí amigo…

—Diríase que está enfadado con él —observó Withers.

—Oh, no, no es nada de particular. Excúsenme.

Guild cerró la puerta de nuevo. Withers se volvió hacia la muchacha. Lilian tenía una mano sobre el pecho.

—Ese tipo… Me dio un susto terrible…

Withers sonrió.

—Aún queda té —dijo—. Le serviré otra taza.

—Sí, creo que me sentará bien.

Abajo, en su encierro, June Orkney había percibido voces.

Eran sonidos muy débiles, aunque perfectamente identificables. Una voz de hombre, bastante irritada, y el grito de susto de una mujer. Luego captó el murmullo de una conversación, de la que sólo pudo entender una cosa: El hombre no era Howernley.

—Dick, hace unos momentos usted iba a preguntarme algo —dijo Lilian.

—Ah, sí —recordó él—. No me tome por indiscreto, pero…

—¿No se atreve?

—El anillo que llevaba usted el día en que llegó a Vynerville.

Lilian se miró la mano instintivamente.

—Lo tengo en el hotel —dijo—. Es pesado. A veces resulta incómodo.

—Se comprende. Pero encuentro que es muy parecido al que lleva la condesa en su retrato.

Sobrevino un momento de silencio. Withers y Lilian se contemplaban con recíproca fijeza.

—Usted lo que quiere es que yo le diga cómo ha llegado esa joya a mi poder —dijo al fin la muchacha.

—Tengo cierta curiosidad por saberlo, aunque entiendo perfectamente que prefiera ser discreta sobre el particular.

—Bueno, a decir verdad, no tengo nada que ocultar…

De pronto, algo interrumpió a Lilian.

Withers se puso rígido. Días antes había escuchado aquel mismo sonido.

El cielo, aunque plomizo, parecía tranquilo. La brisa que soplaba era muy débil.

El sonido se repitió:

—Aaaa…

Lilian se puso pálida.

—El fantasma —murmuró.

—¿A las once y media de la mañana? —dudó Withers.

De nuevo se oyó el gemido, aunque ahora en una forma distinta:

—Eee…

Y luego:

—Iiii…

Después se oyó otra vocal claramente diferenciada:

—Oooo…

Y, finalmente:

—Uuuu…

La mano de Withers se crispó sobre el brazo de Lilian.

—No es un fantasma —exclamó—. Es una persona.

* * *

Los gritos se repitieron. Ahora, las cinco vocales podían escucharse distintamente.

Débiles pero claras.

—Lilian, vigile la puerta —ordenó él.

La muchacha corrió hacia el lugar señalado. Abrió ligeramente, escrutó el vestíbulo y volvió la cabeza un instante.

—Todo en orden —dijo.

—Está bien. Siga ahí… Tome un libro y apoye la espalda en la puerta. Si entrase alguien inopinadamente, tropezaría con usted, pero tendríamos la excusa de su distracción.

Los ojos de Lilian brillaron.

—¡Buena idea!

Instantes después, Withers se acercaba a la chimenea. El hueco era lo suficientemente grande para meter todo el cuerpo.

—¡Eh! —llamó.

—¡Hola! —contestó una voz, desde las profundidades del subsuelo.

—¿Le ocurre algo? ¿Puedo ayudarle?

Una risa casi histérica subió desde la cripta.

—¡Pues claro que puede ayudarme! Pero, dígame, ¿quién es usted?

—Dick Withers…

—¡Withers!

—Sí, el mismo.

—Dick, soy June Orkney.

Withers no se cayó de espaldas, porque tenía el hombro apoyado contra la repisa interior de la chimenea. Pero el respingo le hizo tropezar contra un saco que cayó al sucio.

—¡June! ¿Qué le sucede? ¿Qué hace ahí abajo?

—Estoy emparedada, como la condesa. ¿No oye mis cadenas?

Withers sintió que se le ponían los pelos de punta.

—June, eso es increíble…

—Tendría que verme, hombre. ¿Acaso cree que bromeo?

—Está bien. ¿Cómo podemos ayudarle? Sospecho que si hacemos algo a las claras, alguien podría ponernos en un compromiso, ¿no es verdad?

—Piensa acertadamente. Por ahora, sin embargo, no corro peligro. Pero me gustaría salir de aquí cuanto antes, sin que se enterase Howernley, por supuesto.

—¿Dónde se encuentra, June?

—Escuche, usted lo único que tiene que hacer es buscar la cripta de este maldito caserón. Cuando la haya encontrado, yo le guiaré hasta el lugar de mi encierro.

—June, por el día me parece que no podrá ser…

—A la noche, entonces. ¿Dónde está usted?

—En la biblioteca.

—No conozco bien la casa.

—Escuche, June, se me acaba de ocurrir una idea. Dejaré una ventana entreabierta. Así, a la noche, cuando vengamos, nos será fácil entrar en la casa.

—Magnífico, es usted un hombre de recursos —exclamó June alegremente.

—Oiga, me gustaría saber una cosa…

—¿Sí?

—¿Por qué la han encerrado, June?

—Pues…, en el fondo, también me gustaría saberlo. Lo único que puedo decirle es que vine a encontrarme con Fellerman y lo hallé ya fiambre.

—Pero usted no cree que muriese de un ataque al corazón.

—No, se lo «cargaron» —respondió ella, con toda crudeza.

—¿Por qué?

—Jess hacía, a veces, negocios raros. En esa clase de negocios,

cuando un tipo falla, acaba siendo recogido por la patrulla fluvial del Támesis. En estado de cadáver, claro.

—Pero aquí no estamos en el Támesis… —dijo Withers, antes de darse cuenta de su ingenuidad.

—Para morir, cualquier sitio es bueno —contestó June filosóficamente.

—Está bien, no se preocupe; a la noche volveremos.

—¿Es que hay alguien más con usted?

—Sí, una buena amiga…

Withers se preguntó si tendría derecho a complicar a Lilian en un asunto que podía resultar peligroso. Bien, le contaría todo lo que había hablado con June y ella decidiría.

—Hasta la noche, June.

—Suerte —dijo la prisionera, feliz.

Y de nuevo volvió a su tarea de rascar la argamasa con el eslabón roto.

Mientras, Withers se volvía para salir de la chimenea. Entonces divisó el bulto con el que había tropezado en un principio.

Al tocarlo, el saco cayó al suelo. Withers se agachó y, a través de la tela, tocó unos zapatos de un tamaño desusado.

Lilian se le acercó a la carrera.

—¿Qué sucede, Dick?

Withers parecía muy intrigado con el saco que tenía en las manos. De súbito, desató la cuerda que sujetaba su boca, metió una mano en el interior y sacó el más extraño zapato que viera en los días de su vida.

Lilian no se quedó menos asombrada. El zapato tenía una suela enorme, de más de diez centímetros de espesor. Su tacón correspondía enteramente a la suela.

Lleno de perplejidad, Withers hurgó en el saco y halló tres zapatos más.

—No lo entiendo —dijo.

—Es muy raro, en efecto —convino ella—. ¿Por qué cuatro zapatos con una suela tan gruesa?

Withers meditó unos instantes. Luego, decidiéndose, volvió el zapato al saco y éste al lugar en que había permanecido hasta entonces.

—June Orkney nos interesa más —dijo.

—Está, viva —adivinó ella.

—Emparedada, como la condesa Vivian —corroboró Withers dramáticamente. Bajó la voz—. Luego le contaré todo; ahora, lo mejor será que continuemos como si no hubiera pasado nada.

—Está bien… Oiga, Dick, tiene la ropa algo manchada… Espere, ya he encontrado la solución.

Lilian tenía en su bolso un cepillito para la ropa, con el que limpió bastante bien las manchas de tizne que había en la chaqueta de Withers. Luego, para tranquilizarse, encendió un cigarrillo.

—Voy a copiar el relato de los hechos sucedidos a finales de mil seiscientos noventa y nueve —declaró.

Por su parte, Withers se puso a buscar en otro de los numerosos legajos que había en las estanterías de la biblioteca.

* * *

Ted Guild fue hacia la puerta de la sala, abrió, comprobó que el vestíbulo estaba desierto, cerró de nuevo y regresó junto a su compañero.

—Melvin, yo no creo que el fantasma haya asesinado a los otros dos —dijo a media voz.

Romney agarró una botella.

—No tenían señales de violencia —dijo.

—Alguien sabe «trabajar» muy bien —comentó Guild con macabra ironía.

—¿Nuestro jefe?

—¿Quién, si no?

—Y ¿por qué?

—Melvin, a veces pareces tonto de nacimiento, dicho sea sin ánimo de ofender a tus respetables padres.

—Ted, hay bromas que no me gustan. ¿Por qué diablos no hablas más claro?

—Pero ¿es que necesitas más claridad? ¿Tan miope eres?

Romney dudó un poco. Luego rezongó:

—Sí, quizá él lo quiere todo…

—Nada de «quizá». Seguro, Melvin.

—De acuerdo. Pero ¿dónde está?

—Hay dos procedimientos para saberlo. Uno, preguntándoselo.

—¿Y el otro?

—Preguntándoselo también, pero con una pistola puesta en la barriga. Y apretando el gatillo, si es necesario.

—Si lo liquidas, no hablará.

—Se le puede «convencer». Una pistola convence al más reacio.

Romney torció el gesto.

—Hemos confiado demasiado en él —rezongó.

—La cosa estaba clara en un principio. Y el plan era bueno. Siempre conviene tener confianza; de lo contrario, no se lograría nada.

—El exceso de confianza no es bueno, Ted. Y no sabemos dónde está… el asunto.

—Él nos lo dirá. Oye una cosa: ¿no te parece extraño que dos de los nuestros hayan muerto a manos del fantasma? ¿Lo has oído tú?

—He dormido todas las noches como un tronco…

—Quizá nos han narcotizado.

Romney saltó en su asiento.

—¡Diablos!

Guild bajó la voz todavía más.

—Esta noche no pruebes, por si acaso, nada del licor que nos ofrezcan después de la cena ni del que tenemos en las habitaciones. Y si oyes el gemido del fantasma, no salgas de tu dormitorio —aconsejó.

—¿Y después?

—Observaremos. En todo caso, mañana empezaríamos a actuar. ¿De acuerdo, Melvin?

—O. K., Ted.

En aquellos instantes, Richard Withers había encontrado un documento que empezaba así:

> «Declaración de Mortimer Lackley, secretario y amanuense de lord Felton Howernley. Sabiéndose el firmante desahuciado por los médicos y queriendo poner su alma a bien con la justicia divina, declara que…».

Capítulo VIII

—Es fantástico —comentó Lilian, una vez en el coche, ya de vuelta al hotel.

—Increíble —dijo él—. Aunque, por otra parte, no parece razonable dudar de la palabra de un moribundo.

—Sí, sobre todo, teniendo en cuenta que lord Howernley había muerto ya decapitado hacía muchos años en la Torre de Londres y que el título y propiedades habían pasado a poder de un descendiente colateral, el cual cambió de apellido, con permiso del rey.

—Pero Lackley dice que el oro no se encontró.

—Eso es lo de menos. —Withers meneó la cabeza—. Lilian, procure imaginarse la sorpresa de lord Howernley cuando, después de seis meses, hizo abrir el in pace y se lo encontró vacío.

Lilian se echó a reír.

—Menudo susto debieron de llevarse —exclamó—. Pero ¿quién liberó a la condesa?

—Su amante, no cabe duda.

—Todavía ignoramos su identidad.

—¿Importa eso mucho ahora? Personalmente, creo que es mucho más interesante saber qué hizo la condesa después de ser libertada del emparedamiento.

—Temo que no lo sabremos jamás. De todos modos, a la noche tenemos que hacer algo más importante.

—¿Qué es, Dick?

—Libertar a June Orkney.

Ella se quedó muy pensativa.

—¿Quién lo hubiera dicho? —murmuró—. ¿Por qué la habrán encerrado?

—Ya nos lo dirá. Bueno, me lo dirá.

Lilian saltó en su asiento.

—Dick, ¿acaso cree que me voy a quedar en el hotel? —Exclamó con vehemencia—. Iré con usted… Cuando hayamos soltado a June, ella necesitará a una persona de su sexo para que la ayude y la conforte.

—Muy bien, pero tenga en cuenta que no podemos cometer ningún error.

—No lo cometeremos, aunque es preciso recordar que Ferries, el conserje sospechoso, puede vemos al salir del hotel.

—Ya resolveremos ese problema —contestó él.

Poco después, llegaban al hotel. Withers divisó a un desconocido frente al mostrador, hablando con el conserje.

—Tengo que ir a Brury Abbey —decía el desconocido en aquel momento—. ¿Puede indicarme el camino?

—Con mucho gusto, señor.

Withers reparó en que era Ferries quien atendía la recepción. Sin duda, pensó, aquel día habían cambiado el turno los conserjes.

—Gracias, amigo —dijo el forastero.

—A su disposición, señor Barnes.

El forastero se marchó. Withers se dio cuenta de que Darsten estaba en la puerta que comunicaba el vestíbulo con el bar. Darsten fumaba en su pipa y tenía el hombro izquierdo apoyado en la jamba.

—¿Qué tal se ha dado la caza? —preguntó, jovial.

—No he tenido suerte —contestó Darsten—. Aunque espero pronto capturar unas cuantas piezas.

—El guisado de liebre es siempre muy apetitoso —sonrió Withers.

—Sí, muy apetitoso.

Withers se dispuso a seguir su camino, junto a la muchacha. En el mismo instante, le llamó Ferries:

—Señor Withers.

El joven se volvió.

—¿Sí?

—Ha llamado desde Londres el señor
O'Hara.
Me ha encargado le diga que el resultado ha sido negativo y que usted comprenderla.

—Sí, desde luego, Ferries —sonrió Withers—. Muchas gracias.

—A usted, señor.

La pareja inició la ascensión hacia el piso superior.

—Lilian, sospecho que nuestro amigo, el despistado cazador, no lo es —dijo.

Ella le miró interesadamente.

—¿Qué es? —preguntó.

—No poseo gran experiencia, pero si Darsten no es un policía, apuesto algo a que yo necesito graduarme la vista.

—¡Un policía! ¿A quién persigue?

—Tenía los ojos fijos en el forastero. Pero, claro, si se lo preguntásemos, no nos diría nada, como es lógico. De todos modos, me alegro de que Ferries tenga el turno de día.

—Sí, ha sido una afortunada casualidad —convino Lilian.

* * *

Slim Barnes llegó a Brury Abbey, se apeó del coche y tiró de la cadena. La puerta se abrió a los pocos momentos.

—Señor —dijo Robert.

—Me llamo Barnes. Deseo hablar con el señor Howernley —indicó el forastero.

—Sí, señor.

Barnes esperó unos minutos en el vestíbulo. Howernley hizo su aparición a los pocos momentos.

—Slim, querido amigo —exclamó efusivamente—. ¡Cuánto me alegro de verle por aquí!

Barnes no parecía demasiado contento.

—Debería haber venido antes, pero no me ha sido posible —contestó—. Bien, ya estoy aquí y quiero que cumpla lo que acordamos.

Howernley le pasó una mano por los hombros.

—Vamos —dijo—, tomaremos una copa y charlaremos. Después, Robert nos servirá una cena magnífica. Entonces, llegará su momento, Slim.

Barnes se tocó el bolsillo derecho de la chaqueta.

—De acuerdo, pero tenga en cuenta una cosa: no tolerare que me engañen. ¿Entendido?

—No habrá engaños, Slim —contesto Howernley solemnemente

—. Lo único que le pido es discreción. Tengo aquí dos buenos amigos y no quiero que sepan que…

Howernley añadió algunas frases más. Barnes le miró sonriendo.

—Pero ¿no protestarán más tarde? —preguntó.

—Yo me entenderé con ellos, descuide. Lo único que quiero, insisto, es que sea discreto.

—De eso puede estar seguro.

* * *

Withers aguardó hasta que se hubo producido el relevo de conserjes. Cuando Ferries se marchó, el joven se acercó a la recepción.

—Angus, tengo buenas noticias para usted —dijo.

—¿Sabe algo de la señora Orkney? —exclamó Rareton vivamente.

—Sí. Contra lo que sospechábamos, no fue asesinada. Está secuestrada, simplemente.

La mano del conserje fue al teléfono en el acto.

—Avisaré a…

—Quieto, Angus —dijo el joven—. No cometamos imprudencias. Esta noche, la señorita Hall y yo iremos a libertar a la señora Orkney.

—Oh, eso es estupendo, señor.

—Luego, más adelante, si ella desea presentar una demanda por secuestro, podrá hacerlo. Mientras tanto, yo quiero pedirle un favor.

—Sí, señor, lo que desee.

—No sé a la hora que volveremos de Brury Abbey, pero convendría que tuviese sopa caliente, café…, en fin, comida y bebida para una persona que ha estado sometida a bastantes privaciones.

—Descuide, señor, así lo haré —respondió Rareton.

Withers regresó a su habitación. Poco antes de la medianoche, salió y se acercó a la puerta del dormitorio de Lilian. Tocó suavemente con los nudillos.

Lilian apareció de inmediato.

—¿Listos? —preguntó.

Withers sonrió.

—Venga, condesa —murmuró.

—¿Cómo?

—Su anillo es igual que el que la condesa tenía puesto cuando la retrataron.

—Es una copia, Dick.

—Sí, claro.

Momentos después, el coche de Withers arrancaba hacia Brury Abbey. Prudente, Withers detuvo el vehículo a unos mil metros de la mansión.

—Cubriremos a pie el resto del camino. El ruido del motor podría alarmar a Howernley —dijo.

Lilian se mostró conforme con la decisión del joven. Un cuarto de hora más tarde avistaban la oscura silueta de Brury Abbey.

El edificio parecía más siniestro y atemorizador que nunca. La luna asomaba intermitentemente, entre los claros de nubes, haciendo destacar los oscuros contornos del caserón. De pronto, Withers vio que se encendía una luz en la planta baja.

—Esperemos, Lilian —susurró.

La luz correspondía a una ventana del vestíbulo. Howernley y Barnes lo cruzaban en aquel momento.

—Diablos —murmuró Barnes—. Por nada del mundo me gustaría vivir en este maldito caserón.

Howernley no contestó. Guió a su visitante hacia la puerta que conducía a la cripta, abrió, encendió las luces e inició el descenso por la escalera de piedra.

Barnes le seguía confiadamente. Momentos después, vio que el dueño de la casa se detenía ante una de las columnas.

Entonces, Barnes, pasmado de asombro, vio alzarse una enorme losa del suelo.

La losa era de forma cuadrada y tenía un reborde entrante en todo su contorno, en forma de escalón continuo. De este modo podía encajar perfectamente con el reborde inverso del hueco vertical que se abría ante sus ojos.

—De modo que está ahí… —dijo Barnes, lleno de admiración.

—Nadie podría encontrarlo, ¿verdad?

Barnes dio dos pasos y se asomó al pozo.

—Uf, vaya peste —dijo.

De pronto, sintió un pie en las posaderas. Antes de que pudiera reaccionar, el pie le arrojó al vacío.

Barnes empezó a chillar. Su voz se alejó rápidamente, apagándose a los pocos momentos.

La losa se cerró con el mismo silencio que se había alzado. Howernley dio media vuelta, llegó a la escalera, subió y apagó la luz.

La cripta quedó nuevamente en silencio.

Tendida en el suelo, June se movió un poco.

El sueño la había vencido, aunque le parecía haber oído voces y hasta un grito… Pero tal vez se trataba de una pesadilla, pensó.

* * *

La luz del vestíbulo se apagó al fin. Luego se encendió otra en el primer piso, que también se apagó minutos después.

Withers y Lilian aguardaron pacientemente una hora más. Al fin, cuando él creyó que podían actuar, abandonó el grueso olmo Junto al que se habían apostado y avanzó hacia la casa.

Momentos después, abría la ventana de la biblioteca. El antepecho quedaba a metro y medio del suelo. Ayudó a la muchacha a pasar al interior y luego lo hizo él.

Cerró la ventana y corrió las cortinas. Había llevado consigo una pequeña lamparita portátil, cuya luz le sirvió para alumbrar el camino.

El silencio, en el caserón, era absoluto. Withers asomó al vestíbulo y lo exploró con el haz de rayos luminosos de la linterna. Luego inició la marcha hacia la puerta que conducía al subterráneo.

La puerta se cerraba con un simple cerrojo de pasador. Withers lo descorrió con infinita lentitud, al objeto de evitar todo ruido. En aquella calma, el menor sonido podía parecer un disparo de arma de fuego.

Por medio de la linterna, pudo hallar el interruptor de la luz. Hizo que Lilian cruzase la puerta y luego cerró con las mismas precauciones.

Bajaron lentamente. Withers procuró situar el encierro de June, rememorando la disposición de la planta superior. Entonces, se acercó al muro y empezó a tocar con los nudillos.

—June —llamó en tono no demasiado elevado.

Una voz trémula contestó inmediatamente:

—¿Dick?

—Sí, el mismo. ¿Se encuentra bien?

June sollozó.

—Gracias, Dios mío… Pensé que no llegarían…

—No hemos podido venir antes. Oiga, ¿cómo se abre esto?

—Sé que hay un resorte, me parece que está a la izquierda… Presione con la mano en las piedras, Dick.

—Está bien.

Lilian contemplaba ansiosamente todas las operaciones. Withers fue recorriendo la pared, piedra por piedra, empujando con todas sus fuerzas, hasta que notó que cedía una de ellas.

Entonces, un trozo del muro giró y June Orkney apareció a la vista de los dos Jóvenes.

Lilian se sintió terriblemente impresionada al contemplar el aspecto que ofrecía June, pálida, demacrada y con el pelo caído en greñas a ambos lados de su cabeza.

June sonrió débilmente.

—Todavía estoy encadenada —dijo, esforzándose por tener buen humor—. Aún sigo demasiado gorda y la argamasa se resiste…

Withers no dijo nada. Tenía los labios contraídos. Sentía una infinita cólera contra el hombre que había sido capaz de cometer aquella salvajada.

—June, no sé por qué la encerraron aquí, pero habría comprendido mejor que la matasen de un tiro y no de esta manera tan espantosa —dijo.

—Dick, no haga comentarios —aconsejó Lilian—. Ahora lo que conviene es sacar de aquí a esta pobre mujer.

—Sí, creo que tiene razón.

—La cadena está todavía sujeta al muro —dijo June—. He estado trabajando desde ayer por la tarde, pero la luz no es buena y, por otra parte, el trozo de eslabón roto no es una herramienta demasiado efectiva.

—Veamos —dijo Withers, a la vez que enfocaba su linterna a la pared.

Estudió unos momentos la anilla y luego entregó la lámpara a la muchacha.

—Trataré de arrancarla —sonrió—. Lilian, quizá salgamos disparados. Procure aguantar a la señora Orkney.

—Está bien.

Withers agarró la cadena con ambas manos y puso un pie en la pared. Hizo fuerza, dio un poderoso tirón y la clavija salió, junto con la anilla. Golpeó a June con un hombro y la mujer vaciló, pero los brazos de Lilian evitaron su caída.

—Bueno, ya está, aunque convendría quitarle la cadena… ¡Espere, se me ha ocurrido una idea! —exclamó Withers.

La misma clavija, un fuerte hierro de más de veinte centímetros de longitud, fue suficiente para destrozar el candado que unía dos de los eslabones. La cadena cayó al fin a los pies de June.

La señora Orkney exhaló un profundo gemido de alegría.

—Nunca olvidaré, mientras viva…

—Dejemos las expresiones de agradecimiento para más tarde, June —cortó él—. Ahora, escúcheme con toda atención.

—Sí, Dick.

—No grite, no haga el menor ruido. Al menos, el dueño de la casa es peligroso y, seguramente, estará armado. Nosotros no tenemos ni un mal cortaplumas, ¿comprende?

June asintió.

—Haré todo lo que usted me diga —manifestó.

—Saldremos sin hacer ruido. Nuestro coche está a mil metros de la casa. ¿Podrá caminar?

Ella rió.

—No estoy tan mal, después de todo —contestó—. Vamos.

Withers procuró dejar todo en orden. Subió el primero y asomó al vestíbulo. Una vez que comprobó la ausencia de peligro, hizo una señal a las dos mujeres para que le siguieran.

June había sido demasiado optimista. A unos trescientos metros de la casa sintió que le flaqueaban las piernas. Withers tuvo que llevarla en brazos hasta el coche. Ella estaba presa de una especie de desmayo, originado tanto por la emoción de verse salvada, como por la falta de alimentación.

* * *

Angus Rareton entró en el cuarto, portador de una bandeja repleta de comida. Los ojos de June se dilataron al ver el contenido de los platos.

Lilian le había ayudado a bañarse, en primer lugar, prestándole algunas de sus prendas. Cuando June estuvo lista, llamó al conserje.

Withers entró junto con Rareton.

—June, aquí tiene al hombre a quien realmente debe la vida —dijo.

—Angus, cuente con mi agradecimiento eterno —manifestó la ex prisionera—. Nunca olvidaré lo que ha hecho por mí.

—Fue un placer, señora. Usted siempre fue muy amable y gentil conmigo —declaró Rareton.

El conserje se marchó a poco. Withers se sentó frente a June.

—Y ahora, empiece a hablar —pidió.

June relató todo lo que le había ocurrido.

—Pero no comprendo del todo por qué me emparedó el dueño de Brury Abbey —dijo al terminar.

—Usted era amiga de Fellerman.

—Bueno, digamos… En fin, son cosas de la vida —contestó June maliciosamente—. Pero, créame, jamás tomé parte en ninguno de los asuntos suyos. A veces me suponía algo, sospechaba… Desde luego, Jess no se deslomaba cavando zanjas con un pico.

—Usted sabía que ahora tenía entre manos un asunto de importancia.

—Sí. No fue muy explícito, aunque sí se dejó escapar que iba a solucionar su porvenir definitivamente. Había…, hay un *pub* al que le tenía echado el ojo, pero el dueño pedía demasiado. A mí me gustaba también; ya he pasado de los treinta y empiezo a cansarme de zascandilear por ahí. Nos hubiéramos establecido…

—Con un dinero ilegal, June.

Ella se encogió de hombros.

—Probablemente, aunque vaya usted a saber cómo lo habría ganado su dueño —contestó.

—June, ¿intervinieron muchos en ese asunto? —terció Lilian.

—Pues no lo sé, porque él no mencionó a sus socios…

Lilian se volvió hacia el joven.

—En Brury Abbey había unos cuantos individuos, socios o en camino de serlo de Howernley —le recordó.

—Es cierto, y también conozco algunos nombres. —Withers los citó—. ¿Le dicen algo, June?

—Una vez le oí a Jess mencionar a ese Ted Guild, pero fue de pasada y no añadió más detalles…

—Estoy seguro de que se trata de algún golpe de gran

importancia. Yo no estoy muy al corriente de esta clase de delitos, pero quizá usted, June, lea más las páginas de sucesos.

La señora Orkney reflexionó unos momentos. De súbito, se pegó una gran palmada en la frente.

—¡Pues claro que sí! —exclamó—. Tuvo que ser eso, a la fuerza.

—¿Qué, June? —preguntó Withers, ansioso.

—El asalto al furgón blindado de la *West England Express*, una compañía que se dedica al transporte de dinero… Los asaltantes desaparecieron y, al menos cuando yo me vine a Vynerville, no se había encontrado todavía la menor pista de ellos.

—¿Fue muy importante el botín? —preguntó Lilian.

—Más de medio millón de libras esterlinas —contestó June, sensacionalmente.

CAPÍTULO IX

Ninguno de los tres se había dado cuenta de que unos ojos les habían vigilado constantemente. Withers y Lilian habían sido seguidos a la ida y luego, cuando regresaron con June, el mismo individuo siguió todos sus pasos puntualmente.

De común acuerdo, y a fin de no inspirar sospechas, Withers y la muchacha acordaron ir a Brury Abbey a la hora habitual. Aunque estaban faltos de sueño, su ausencia habría podido provocar sospechas en Howernley, cosa que era preciso evitar a toda costa.

June había quedado durmiendo en una de las habitaciones del hotel. Había pocos huéspedes y Rareton la alojó en uno de los últimos dormitorios. Si Ferries tenía que hospedar a algún viajero, no lo haría en aquella habitación.

Resultaba imprescindible el secreto, puesto que, de alguna manera, Ferries estaba en connivencia con Howernley. Rareton dejó algo de comida fiambre, para que June repusiera fuerzas cuando sintiera apetito, sin tener necesidad de abandonar el escondrijo.

Mientras, Withers y Lilian iniciaban su trabajo en la biblioteca.

Todo parecía normal en Brury Abbey. Robert les había recibido con la cortesía acostumbrada. A las diez y media, vino con el servicio de té.

Cerca de las doce, Lilian encontró un documento que llamó profundamente su atención.

—Dick, venga, por favor —llamó.

Withers acudió junto a la muchacha.

—Algunos enamorados eran muy imprudentes. —Comentó Lilian.

—Ya dicen que el amor pone una venda en los ojos… —dijo él, con sorna. Leyó el papel y exclamó—: De modo que el capitán de armas se llamaba Cotheridge.

—Sí, era un hidalgo, aunque no con título, pero, precisamente, porque no era villano había sido nombrado jefe de los guardias de lord Howernley. Y aquí, en esta carta, cuenta a su hermano todo lo que sucedía en Brury Abbey.

Lilian tendió otro papel a Withers.

—Ésta es la respuesta del hermano del capitán Cotheridge —indicó—. Dice al enamorado que huya a las colonias, cambiando de nombre, por supuesto.

—Las colonias —repitió él.

—Massachusetts fue, en tiempos, una colonia de la corona británica, ¿recuerda?

—No he olvidado mis lecciones de historia —sonrió Withers—. De modo que el capitán Cotheridge huyó a las colonias…

—Pero no solo, según se desprende del contenido de la carta. Vea, este párrafo del hermano dice: «Huid a las colonias antes de que sea demasiado tarde. Cambiad de nombre…». Es evidente que el hermano se refería al capitán y a la condesa.

—Pero el conde la sorprendió antes y la emparedó.

—Cierto. Ahora bien, yo diría que Cotheridge debía de gozar de bastantes simpatías entre la gente al servicio de lord Howernley, uno de los cuales pudo ser Lackley, el amanuense.

—Quien, por tanto, registró fielmente todo lo sucedido.

—Así parece. Dick, yo pienso que Cotheridge bajó a la cripta, cuando nadie le veía, o tal vez facilitada su labor por Lackley, y quitó parte de las piedras que encerraban a la condesa. Rompió o limó las cadenas y luego, para evitar persecuciones prematuras, dejó el in pace tal como estaba.

—Alguien, un fiel amigo sin duda, aguardaría fuera con dos caballos. La pareja de enamorados, con otro nombre, viajaría hasta Plymouth y allí tomarían alguno de los barcos que viajaban a las colonias. El buen conde se quedó con dos palmos de narices…

—Y un año después, sin la cabeza.

—Lilian, es de suponer que los enamorados se casarían más tarde en alguna parte y tendrían descendencia.

—Parece lógico —convino ella.

Withers se percató de que Lilian se mostraba todavía reticente a declarar la verdad. Ya hablaría más adelante, pensó.

—Bueno, mi amigo, en Londres tendrá pronto noticias de sus

antepasados, aunque me figuro que habré de indagar todavía por las parroquias del contorno, buscando datos del hermano del capitán Cotheridge. De todos modos, me alegra saber que la leyenda del fantasma de la condesa no tiene ningún fundamento.

—El conde debió de callar la verdad, seguramente para no hacer el ridículo —opinó Lilian—. Para un hombre de su calaña, ya era malo saber que la esposa le había sido infiel, pero que, además, consiguiera escapar era algo que le resultaría insoportable.

—Bueno, a fin de cuentas, pagó sus crímenes en el tajo del verdugo —sonrió Withers. Bajó la voz—. Pero aún tenemos otro enigma por resolver.

Lilian se puso seria.

—¿Hemos de continuar aquí mucho rato? —preguntó.

—Sí, creo que es lo más conveniente, por lo menos hoy. June se pasará durmiendo la mayor parte del día y debemos adormecer la confianza de Howernley abandonando Brury Abbey a la hora habitual.

Lilian se mostró conforme con el plan. Luego, meneando la cabeza, dijo:

—Pobre June. Ha debido de padecer horrores allá abajo… Creo que si me hubiera pasado a mí, ya estaría muerta de espanto. ¿Por qué cree que resistió tanto ella?

—Es una mujer de una gran fuerza de voluntad. Puede parecer voluble, tal vez tenga una moral *sui géneris*, incluso se le dé un ardite de todo y de todos, pero, no cabe duda: es una mujer de mucho temperamento —contestó el joven.

* * *

A la misma hora, un hombre entraba en el dormitorio de June, tras haber abierto sin hacer el menor ruido. Cerró la puerta y corrió ligeramente las cortinas.

June se removió en el lecho. Bostezó, estiró los brazos y luego, de repente, se dio cuenta del lugar en el que se hallaba y de que había una persona mirándola desde los pies de la cama.

—Oiga, ¿quién es usted y quién le ha dado permiso para entrar aquí? —protestó, a la vez que se sentaba de golpe.

El intruso sonrió.

—Félix Darsten, inspector de Scotland Yard —se presentó.

Y corroboró sus palabras con una tarjeta de identidad, que situó ante los ojos de la asombrada señora Orkney.

—Vaya, un «poli» —dijo ella—. Oiga, yo no tengo nada que ver con el jaleo de la
W. E. E.

Darsten sonrió, a la voz que se sentaba a los pies de la cama.

—Nadie la acusa a usted, ni piensa hacerlo —manifestó—. Pero yo opino que usted quizá se sienta inclinada a colaborar con la justicia.

—¿Por qué yo, inspector?

—Es muy amiga de Jess Fellerman y éste es uno de los principales sospechosos en el caso.

—Ah, comprendo. Inspector, lamento tener que darle una mala noticia.

—¿Si?

—Fellerman murió hace unos cuantos días. Yo vi su cadáver, así que no hay la menor duda sobre el particular.

—Es curioso —observó el policía—. Nadie me ha mencionado el entierro de Fellerman. Si es que murió aquí, claro.

—El fallecimiento tuvo lugar en Brury Abbey. Yo sabía que estaba allí y fui a verle.

—¿Por qué?

June remoloneó un poco.

—Bueno, Jess había hablado de un buen negocio… Yo quería mojar un par de rebanadas en la salsa de ese guisado —contestó pintorescamente.

—Pero él no le dijo nada en concreto.

—Oh, no, era muy reservado para cierta clase de asuntos. Ahora bien, yo pienso que la cazuela con el guiso está en Brury Abbey.

Darsten sonrió.

—Me gustaría saber algo más…

La puerta de la habitación se abrió de pronto. Withers y la muchacha aparecieron en el umbral.

—¡June! —exclamó Withers, disgustadamente—. ¿Es que no puede permanecer sola unas cuantas horas?

—Qué más hubiera querido yo —suspiró la aludida—. Dick, le presento al inspector Darsten, de Scotland Yard.

Lilian silbó tenuemente. Withers, tras el primer instante de

sorpresa, cerró la puerta con rapidez.

—¿Lo sabe Ferries? —preguntó.

—¿Por qué le preocupa el conserje? —se extrañó Darsten.

—De algún modo, es confidente de lord Howernley —contestó el joven—. Él fue quien avisó por radio al dueño de Brury Abbey de la llegada de la señora Orkney.

June volvió a saltar en la cama.

—¡A ver si todo lo que vi no fue más que una comedia! —exclamó.

—¿Quiere decir que Fellerman se hizo el muerto? —preguntó Lilian.

—No estoy segura. Yo lo vi en el ataúd… y Dick también.

—Bueno, yo vi a un hombre en el féretro. Pero no pasé de la puerta ni mucho menos se me ocurrió tomarle el pulso —contestó Withers—. No conocía a Fellerman ni tampoco tenía la menor idea de que hubiese tomado parte en un atraco. En estas condiciones, cualquiera hubiera creído que estaba muerto…, cosa que, por otra parte, puede ser cierta.

—¿Por qué? —inquirió June.

—He estado muchas veces en Brury Abbey y no he vuelto a verle. Y no creo que haya estado escondiéndose de mí o de la señorita Hall.

—Eso parece muy razonable —convino el policía—. Pero quizá no murió de un ataque al corazón.

—Ajuste de cuentas, ¿eh? —supuso June.

—Si Fellerman tomó parte en el atraco, debía guardar silencio, como el resto de los cómplices. Ahora bien, usted llegó a verle y eso demostró a los atracadores que corrían peligro. Eliminaron a Fellerman, quien no fue enterrado en el cementerio de Vynerville, y luego…

—Luego me emparedaron, para obligarme a decir si yo sabía algo al respecto —dijo June—. Pero aparte de que no sabía nada, tampoco lo habría dicho, porque entonces me habrían asesinado.

—O sea, que la retenían allí esperando forzarla a que hablase.

—Justamente.

—Inspector —dijo Withers—, un día yo pasaré a Scotland Yard una factura por una rueda nueva para mi coche. Mientras tanto, ¿quiere decirme algo más sobre el asalto al furgón blindado?

—Bueno, eran seis hombres, tres de los cuales eran desusadamente altos…

—¡Los zapatos ortopédicos! —exclamó Lilian.

—¿Cómo? —Respingó Darsten.

—Hemos encontrado cuatro zapatos, con suelas de diez centímetros —explicó Withers—. Pero los dejamos en el mismo sitio.

Darsten movió la cabeza.

—Esto empieza a aclararse un poco —dijo—. Tres de los atracadores eran sumamente altos y uno de ellos puede resultar el propio Felton Howernley. Pero los testigos del asalto observaron que dos de los asaltantes se movían con cierta dificultad.

—Eran los que hablan aumentado su estatura con los zapatos ortopédicos, seguro.

—Sí, sobre todo si se tiene en cuenta que, además, usaron máscaras muy perfeccionadas. Actuaron a cara descubierta, pero cuando se quitaron los disfraces, ¿quién era capaz de reconocerlos?

—Sin embargo, ustedes han sospechado que podrían encontrarse en Brury Abbey —dijo Withers.

—La desaparición de Fellerman nos puso sobre aviso, especialmente teniendo en cuenta que días antes había sido visto hablando con Slim Barnes, conductor del furgón blindado.

—De modo que Barnes estaba también metido en el jaleo —exclamó June.

Darsten sonrió.

—Yo diría que hasta el cuello —contestó.

—Y ahora está en Brury Abbey —intervino Lilian.

—Oh, pobre —exclamó June, con acento de dolor.

—¿Por qué dice eso? —preguntó el policía.

June movió la cabeza.

—Hablando francamente, no daría un solo penique por el pellejo de Barnes —manifestó.

Darsten se tironeó del labio inferior.

—Creo que me pondré en comunicación con mis jefes, para actuar de un modo legal y efectivo —dijo—. Bajaré al vestíbulo, para hablar por teléfono…

—Cazador, un consejo —dijo Withers.

—¿Sí? —contestó Darsten.

—Ferries tiene un transmisor de radio. Confísquelo antes de llamar al Yard.

—No es mala idea, amigo. —El policía sonrió—. Le pagaremos la rueda estropeada —dijo, antes de abandonar el dormitorio.

Momentos después, llamaba al timbre de la recepción. Ferries apareció en el acto.

Darsten le enseñó sus credenciales.

—Usted tiene ahí un aparato transmisor —dijo—. Haga el favor de entregármelo.

Ferries se puso lívido. Por un instante, pensó en pedir al policía que le enseñase un mandamiento judicial, pero no tardo en calcular que su resistencia podría acarrearle perjuicios mucho mayores.

—Sí, señor —respondió mansamente.

CAPÍTULO X

—Anoche no se oyó al fantasma —dijo Guild.

Romney se sentía muy nervioso.

—¿Has visto a Barnes? —preguntó.

—No, en todo el día. Se habrá ido.

—Lo dudo mucho. Ted.

Guild miró fijamente a su compinche.

—¿Qué es lo que sospechas, Melvin? —preguntó.

—Cada día me siento peor en este maldito caserón —respondió el interpelado—. Fíjate bien, actuamos seis: Howernley, Fellerman, McCallum, Charbonne, tú y yo, sin contar a Barnes. Bueno, ya han «cascado» cuatro. Sólo quedamos los dos, más Howernley.

—Y el mayordomo.

—Ése es uña y carne de Howernley, Ted.

—Bien, démoslo por sentado. Pero ¿qué podemos hacer, Melvin?

Romney se acarició pensativamente la barbilla.

—Empiezo a cansarme de estar aquí —dijo—. No dudo que la idea fue buena en un principio. Incluso estoy de acuerdo en que Fellerman debía irse al diablo, por haber soltado la lengua delante de esa prójima. Pero no me gusta que el jefe nos vaya liquidando uno a uno.

—¿Tú crees?

—¿Ya no recuerdas la cifra del botín?

Guild entornó los ojos.

—Sí, es una suma muy apetitosa —convino—. Podríamos haber tocado a unas ochenta mil libras cada uno…

—Ahora nos corresponden bastante más de ciento cincuenta mil. Si repartimos, claro.

—¿Quieres decir qué…?

Romney se inclinó hacia adelanto.

—Quiero decir que el jefe no piensa compartir el botín con nadie —manifestó, tajante.

—¿Y si nos anticipáramos a él?

—¿Cómo, Ted?

—Vamos a reflexionar un poco… Escucha, Charbonne y McCallum murieron de miedo, porque habían visto al fantasma.

—Sí, eso dijo el jefe.

—Es una asquerosa mentira. El jefe se los cargó.

—Me gustaría saber cómo lo hizo, tú.

—A mi no me importa en absoluto. Lo que quiero es la «pasta». Pero, mejor todavía, debemos anticiparnos a él. Oye, tengo la sensación de que esta noche saldrá el fantasma. No pruebes más que agua durante la cena. Cuando empiece con sus gemidos, iremos tras él y…

Guild se pasó la mano por la garganta, en un gesto harto gráfico. Romney asintió.

—De acuerdo. Y luego iremos a por él —convino.

En aquel momento, se abrió la puerta.

Howernley apareció sonriente en el umbral.

—Hola, chicos —saludó, jovial.

—Hola —contestó Guild.

—¿Qué dice la prisionera? —preguntó el otro.

Howernley se encogió de hombros.

—No lo sé, no la he visto hoy. He suprimido su ración de agua y pan —contestó.

—¿Definitivamente? —indagó Romney.

—Por lo menos, hoy. Mañana… —Howernley se sirvió una copa y contempló el licor al trasluz—. Esto ya no durará mucho —añadió, sonriendo.

—No, no durará —sonrió Guild.

* * *

Hacía bastante frío y la humedad tomaba desapacible la espera, pero el inspector Darsten no tenía más remedio que vigilar Brury Abbey, hasta que le llegasen los refuerzos prometidos. Por dicha razón, se hallaba escondido tras un árbol, a cien metros escasos del edificio, contemplando las luces encendidas. Si alguien intentaba escapar, cosa probable, tendría que utilizar un coche y él oiría el

motor.

A la misma hora, Lilian Hall se disponía a acostarse. De pronto, recordó algo y abrió su maletín de viaje.

Su rostro se cubrió de sombras. En unos segundos pudo apreciar que faltaba el anillo.

Estaba segura de haberlo guardado con unos pendientes, en una cajita forrada de terciopelo rojo. Pero el anillo ya no estaba allí.

Durante unos segundos, no supo qué hacer. Luego, de pronto, sin saber cómo, pensó en Ferries.

Era muy descuidada, se reprochó. El maletín no estaba cerrado con llave. Su instinto le dijo que nadie sino Ferries podía haber cogido el anillo, para entregárselo a Howernley.

Ella apreciaba enormemente la joya. Por nada del mundo quería desprenderse del anillo. Y Ferries, seguro, había tenido que ver el retrato de la condesa más de una vez.

Lilian tomó una repentina decisión. Sin pensárselo dos veces, se quitó la ropa de dormir y empezó a vestirse.

Momentos después, salía a la calle. Puso en marcha su automóvil y arrancó en dirección a Brury Abbey.

Rareton la vio desde la puerta del hotel, extrañado por la actitud de la muchacha. Luego, de pronto, se dijo que Withers debía saberlo y corrió al piso superior.

Withers dormía ya. La llamada del conserje le sobresaltó enormemente.

—¿Dice que la señorita Lilian ha ido a Brury Abbey? —exclamó, al enterarse de la noticia.

—No puede haberse dirigido a otro punto, señor —contestó Rareton.

Withers era enemigo de la pérdida de tiempo en determinadas circunstancias. Pensando en que Lilian debía de haberse vuelto loca, saltó de la cama, se vistió rápidamente y se lanzó escaleras abajo, seguido por el conserje.

—Angus, avise inmediatamente al señor Darsten…

—Lo siento, señor; el señor Darsten ha salido también. Se fue apenas se hizo de noche.

Withers lanzó una maldición.

—Esa loca…

Y salió de estampía en busca de su cocho.

Apoyado en el árbol, el inspector Darsten dejaba pasar el tiempo melancólicamente, resignado a una noche en blanco. Claro que pronto llegarían los refuerzos, cuyo jefe seria portador de un mandato Judicial para registrar el caserón…

De súbito, vio una sombra que cruzaba la explanada en dirección al edificio. La luna le reveló los contornos de una mujer. Por la claridad del pelo pudo reconocer a Lilian.

Antes de que tuviera tiempo de hacer nada, Lilian alcanzó una de las ventanas del piso bajo. La muchacha lanzó un suspiro de alivio al comprobar que aún no había sido cerrada con el pestillo.

Inmediatamente, saltó al interior. Luego encendió la linterna que había llevado consigo.

En el mismo instante, oyó un sonido estremecedor.

Parecía el lamento de un alma en pena.

* * *

Ted Guild oyó el lamento y se sentó en la cama primero y luego saltó fuera, sin necesidad de vestirse, puesto que se había acostado con las ropas puestas.

—Sabia que esta noche tenía que salir el fantasma —dijo.

Corrió hacia la puerta del dormitorio. Abrió.

El ulular se repitió. Guild entrevió una forma blanquecina que llegaba al final de la escalera.

Melvin Romney apareció en aquel momento. Los dos hombres no dijeron nada, limitándose a cambiar una mirada de inteligencia.

Acto seguido, y mientras el fantasma continuaba gimiendo, descendieron cautelosamente por la escalera. Lilian había entreabierto la puerta de la biblioteca, los vio y volvió a cerrar sin hacer ruido.

De pronto, se preguntó si no habría sido más conveniente acudir a Brury Abbey a la luz del día. «¿Por qué he sido tan impaciente?», se reprochó. La propia vida era más preciada que la más rica de las Joyas.

Entretanto, Guild y Romney habían llegado a la biblioteca, donde había desaparecido el fantasma. Guild se tocó el pecho con el pulgar.

—Yo entraré el primero —susurró—. Ataca Inmediatamente, si soy atacado.

Romney movió la cabeza.

—Descuida.

Guild abrió la puerta muy despacio. Un olor repugnante hirió su pituitaria en el acto. Aquella fetidez no podía proceder más que de algunas bolitas de mal olor, aunque algún espíritu timorato podría confundirlo con el que despediría un cadáver andante.

Avanzó un paso más. El olor se acentuó.

Otro paso.

Algo rodeó su garganta, apretando con fuerza irresistible. Guild forcejeó con desesperación. De pronto, aquel lazo aflojó la presión.

Guild oyó un seco golpe y un gruñido.

Luego la voz de Romney:

—Ya está, Ted.

Guild se quitó el lazo, que no era sino una ancha cinta de seda, muy recia, lo que le hizo comprender la ausencia de marcas en el cuello de las víctimas. O quizá se las tapaban con un cuello de camisa demasiado alto.

En todo caso, poco importaba.

El fantasma, fosforescente, yacía inmóvil a los pies de los dos compinches.

Guild rió.

—¿Has visto alguna vez a un fantasma que pierda el sentido?

Romney también se echó a reír. Luego alzó el interruptor de la luz y la fosforescencia de los ropajes desapareció.

Guild se inclinó y pegó un tirón a las ropas. El rostro de Robert apareció de inmediato.

—Quién lo dijera —murmuró.

—Por el contrario, a mí me parece enteramente natural. Amo y criado están aliados contra los demás.

—Y cuando hubiéramos desaparecido, toda la «pasta» para ellos, ¿no es así?

Lilian había abierto una rendija y aguzaba el oído. No se perdía una sola sílaba.

Robert empezó a moverse. Había sifones en una mesa, con los licores, y Romney enfocó a su cara el chorro de uno de ellos.

El mayordomo se sentó en el suelo.

—Hola, fantasma —dijo Guild.

Había temor en los ojos de Robert. Guild tenía una pistola y le

apuntaba con ella a la frente.

—¿Dónde está el dinero? —preguntó.

—No sé de qué me habla…

—Espera —intervino Romney—. Yo tengo un silenciador para mi pistola, Ted.

—¿Y…?

Romney sacó el arma y empezó a roscar el silenciador al cañón.

—Es bien sencillo: los disparos no harán ruido. Así podremos irle rompiendo los huesos uno a uno, hasta que nos diga dónde están los «verdes». ¿Eh, qué te parece, Ted?

—Genial, tú —contestó Guild.

Había un espantoso terror en la cara de Robert. Guild rió divertido al observar su expresión.

—Lo diré, pero no me hagan daño… —gimió el mayordomo.

—Vamos, suelta la lengua —rezongó Romney.

Robert siseó unas cuantas palabras. Romney y Guild intercambiaron una mirada.

—No está mal elegido el sitio —dijo el primero.

—Claro, tenía que estar allí —comentó Guild.

—Bueno, sacaremos la «pasta» y nos largaremos de este maldito caserón inmediatamente. Ya hemos esperado bastante, ¿no te parece?

—Sí, desde luego, pero ¿qué hacemos con este pajarraco?

Romney sonrió torvamente. Apuntó con cuidado y disparó dos veces a la frente de Robert.

Lilian Oyó los chasquidos y sintió un escalofrío de terror.

En aquel momento, la joya ya no le importaba nada en absoluto. Lo único que quería era salvar su vida.

Además, tenía que volver al hotel, a fin de informar al inspector Darsten de todo cuanto había oído en Brury Abbey. El hombre del Yard tenía que saberlo, decidió.

Empezó a volverse. De pronto, una mano tapó su boca.

Lilian se sintió invadida por un vivísimo terror. Notó que todo daba vueltas a su alrededor y creyó que, de repente, se había quedado sin piernas.

CAPÍTULO XI

El inspector Darsten maldijo entre dientes cuando sintió en sus brazos el peso muerto del cuerpo de la joven.

—Diablos, se ha desmayado —masculló.

Se había acercado a ella sin ruido, tapándole la boca, para impedir un grito inoportuno, pero no había esperado que su acción causara tales efectos. Durante unos segundos, permaneció inmóvil, desconcertado, con el cuerpo de Lilian en los brazos.

Pero el desmayo de la muchacha no tenía demasiada intensidad y ella se movió a los pocos instantes.

—¿Dónde estoy? —dijo Lilian, con voz ausente.

De pronto, Darsten sintió que le tocaban el hombro. Volvió la cabeza y, en el mismo instante, algo se estrelló contra su mentón.

—Lilian, ¿estás bien? —Sonó ansiosa la voz de Withers.

—¡Dick! —contestó ella—. ¿Qué haces aquí?

—Aguarda un momento; ese individuo quería matarte…

—¡Cielos! —Se aterró la muchacha.

Enfocando su linterna al suelo, Withers recorrió todas las ventanas, ocultándolas tras las espesas cortinas. Luego regresó junto a la puerta y encendió la luz.

—¡Dick, es el inspector! —exclamó Lilian.

—¡Atiza! —dijo él.

Darsten, tendido en el suelo, sonreía beatíficamente.

—Tienes buena derecha —comentó ella.

—Te vi en peligro y… Pero, dime, ¿qué locura te dio de venir aquí a estas horas?

—El anillo, Dick.

—¿Cómo?

—Me ha desaparecido. Estoy segura de que Ferries lo robó y se lo trajo a Howernley.

—¿Se lo has preguntado a él?

—¿A Howernley? No, hombre, no he tenido tiempo…

—Yo me refiero a Ferries.

—¿Cómo se lo voy a preguntar, si está encerrado en el calabozo del puesto de policía de Vynerville?

—Ah, es verdad, no había caído… Bueno, ¿has tenido tiempo de hacer algo?

Lilian sintió un escalofrío.

—No, sólo de ser testigo de un crimen —contestó.

—¿Qué?

—Lo que oyes. Romney y Guild han asesinado a Robert, el mayordomo.

—¡Rayos! Pero ¿por qué…?

—Parece ser que él tenía razón. —Lilian señaló al policía, quien continuaba inconsciente—. El dinero del asalto a la West England está aquí, en la casa.

—Parece lógico, si se tiene en cuenta que fue Howernley quien lo planeó. Y ¿dónde está ese botín?

—No he podido captarlo, pero… Dick, ellos están armados, dispuestos a todo. Oí que le quebrarían los huesos a Robert, a copia de balazos, si no hablaba. Robert se acobardó, indicó el escondite del dinero, aunque no pude oírlo, y luego le pegaron dos tiros.

—Dos tiros, ¿eh?

—Sí, y te aseguro que no es metáfora. Dick, lo mejor que podemos hacer es marcharnos de aquí cuanto antes…

—Espera, hay que despertar al policía. Darsten nos aconsejará sobre lo que debemos hacer.

—Sí, es una buena idea.

Withers se arrodilló junto a Darsten y empezó a darle palmaditas en la cara.

—Vamos amigo, despierte.

De repente se oyó un atroz juramento:

—¡Maldición! ¿Dónde diablos han podido esconder el dinero?

Los ojos de Withers fueron instintivamente hacia la chimenea.

* * *

—Este sótano es muy grande, tú —dijo Romney.

—Oye, ¿y si la «pasta» estuviese en…?

—¿Tú crees?

—Al menos, podríamos probar, me parece.

—Pero ella lo habrá visto —objetó Romney.

—Bueno, si todavía está viva, ya no podrá hablar mucho más —respondió Guild, cruelmente—. ¿Te acuerdas cómo se abre el encierro?

—Creo que sí…

Darsten empezó a rebullir en aquel momento. Withers, precavido, le tapó la boca con una mano, igual que él había hecho con Lilian.

En aquel instante, Romney hacía funcionar el resorte que abría la puerta de la celda. Un grito brotó inmediatamente de sus labios:

—¡No está, ha escapado!

Guild saltó hacia adelante.

—Te has vuelto loco… —rezongó, pero un segundo después, vio que su compinche decía la verdad—. Por todos los diablos, ¿cómo ha podido largarse esa fulana?

—No lo sé, Ted, pero hay una cosa segura: ella irá muy pronto con el cuento a la policía.

—A menos que el jefe la haya liquidado.

—Entonces, tiene que estar en…

—Espera un momento, Melvin.

Darsten tenía ya los ojos abiertos. Tocó la mano de Withers y éste la retiró.

—Siento lo ocurrido —bisbiseó el joven.

—No se preocupe, cualquiera, en su lugar, habría hecho lo mismo. —Darsten se tanteó la mandíbula—. Fue una auténtica coz de mula —añadió.

—Vi a un hombre que sujetaba a la señorita Hall…

—Lo único que quería era evitar que gritase. Pero ¿a qué diablos ha venido?

—Le falta un anillo de gran valor. Ella sospecha que se lo quitó Ferries, para entregárselo a Howernley.

—¡Oh! —Murmuró el policía—. Y ¿dónde está Howernley ahora?

—Pues no lo sabemos, aunque, en cambio, sí podemos decirle dónde están dos de sus compinches.

Darsten se puso en pie.

—Interesante —comentó—. Hable, Withers.

—Guild y Romney han asesinado al mayordomo. Después han bajado al sótano, descubriendo la fuga de June Orkney. Ahora buscan el dinero, aunque, por el momento, no lo han encontrado todavía.

Guild revolvía los ropajes que había en el suelo de la celda. Al cabo de unos momentos, se puso en pie.

—Ha escapado —dijo—. Tendríamos que ver manchas de sangre, si la hubiese asesinado.

—Quizá la estranguló, tú.

—Es posible, aunque creo que ya lo sabríamos.

—Entonces, ¿qué diablos hacemos? No podemos perder ya demasiado tiempo, Ted.

En aquellos instantes, Howernley se asomaba a la puerta del salón.

Sus ojos captaron la imagen de Robert, con la frente horriblemente destrozada. Aquello explicaba la tardanza del mayordomo.

Los labios de Howernley se contrajeron. Estuvo unos momentos inmóvil y luego, girando en redondo, se encaminó con paso rápido hacia la puerta de acceso al subterráneo.

El inspector Darsten se acercó a la salida de la biblioteca. Entreabrió la puerta y exploró visualmente el vestíbulo. A su lado, Withers, prudente, apagó la luz.

—¿Dónde está el cadáver del mayordomo? —preguntó el policía.

—En la biblioteca…

Darsten sacó una pistola y echó a correr. Withers le siguió en el acto.

Los dos hombres se detuvieron al ver el ensangrentado cadáver del mayordomo, cubierto todavía en parte por la túnica fosforescente.

—De modo que éste era el fantasma —murmuró Darsten.

Repentinamente, unos extraños sonidos, algo atenuados por la distancia, llegaron a oídos de los dos hombres.

—Disparos —dijo el policía.

Withers miró instintivamente hacia la puerta de la cripta.

* * *

Howernley entró silenciosamente en la cripta. Guild y Romney no se habían percatado todavía de su presencia.

—No sé cómo funciona este resorte —decía Romney en aquel momento—. Le vi una vez, pero no me fijé bien…

—No te molestes, Melvin, ya no tienes tiempo de averiguarlo.

Los dos sujetos se volvieron en el acto al oír la voz de Howernley. Romney quiso sacar su pistola, pero el dueño de la casa se le anticipó certeramente.

Guild intentó parapetarse tras una columna. Howernley hizo fuego nuevamente. Guild cayó aullando al suelo.

Howernley corrió hacia él. Fríamente, apuntó y disparó a su cabeza.

Los movimientos de Guild cesaron en el acto. Howernley dudó un momento. Luego, de súbito, se decidió y arrastró el cadáver de Guild por el suelo.

La puerta del encierro estaba abierta. Howernley se estremeció al verlo vacío.

—¿Cómo diablos ha podido escapar…?

Pero no tenía tiempo que perder en elucubraciones. Lo único que le quedaba era huir.

Aunque no de vacío, por supuesto.

En aquel momento sonó una voz en lo alto de la escalera:

—¡Felton Howernley, en nombre de la ley, dese preso!

* * *

Howernley reaccionó con rapidez increíble. Todavía no había terminado el inspector Darsten de lanzar su intimación, cuando él se revolvía ya y apretaba el gatillo de su pistola.

Fue un disparo de fortuna. La bala alcanzó la pistola del policía, resbaló en el metal y penetró en el antebrazo un poco más arriba de la muñeca, saliendo a continuación por la cara exterior del miembro.

Darsten se tambaleó. Withers estaba a su lado y tiró de él con ambas manos.

Lilian chilló.

—¡Corre, escóndete! —gritó él, temeroso de que Howernley subiera para asesinarlos a todos.

Darsten no había perdido el conocimiento, aunque estaba fuera

de combate. La rápida acción de Withers hizo que el segundo disparo se perdiera en el vacío.

—Ese asesino… —jadeó Darsten.

—Olvídese ahora de él —contestó el joven—. Corra, por todos los diablos; la vida es lo más importante.

Darsten reconoció la justeza de la observación y se dejó llevar, colaborando notablemente, ya que la herida no había debilitado sus piernas. En unos segundos, estuvieron en la biblioteca, cuya puerta atrancó Withers con un par de pesados sillones.

Howernley llegó a lo alto de la escalera y se asomó a la puerta. Había un reguero de sangre que conducía a la biblioteca, pero no lo siguió.

Era demasiado astuto para pensar en perseguir a los intrusos. El que le había intimado a entregarse era un agente de Scotland Yard, no cabía duda. Y resultaba lógico pensar que no estaba solo.

Posiblemente, Withers también era policía. Bueno, todos los que conocían el mejor escondite de que disponía estaban muertos.

Aguardaría un tiempo prudencial. La compañía no resultaría agradable, pero salvaría la vida.

Y el medio millón de libras esterlinas.

Ya no se lo pensó más veces. La puerta de la cripta disponía de una llave interior, que hizo girar en su cerradura. Luego la sacó y la tiró a lo lejos.

Acto seguido, corrió hacia la columna. No podía perder tiempo en ocultar los cuerpos de Guild y Romney, aparte de que ya habían sido vistos.

Presionó el resorte. La losa se alzó con un par de sacudidas.

—Debiera haber arreglado el mecanismo… —masculló, a la vez que arrugaba la nariz, al percibir la fetidez que surgía del pozo.

La sección del hueco era cuadrada. En la pared frontera al mecanismo de giro había una serie de escalones de hierro, incrustados en la piedra.

Howernley inició el descenso. Su mano derecha quedó apoyada un instante en el reborde más bajo. Alargó la izquierda para tocar el resorte de cierre y, en el mismo instante, la losa descendió con gran rapidez.

Cuatro dedos quedaron seccionados instantáneamente. Howernley lanzó un horrible aullido, cuyos ecos quedaron apagados

por los treinta centímetros de granito que habían caído sobre su cabeza. Sin otro apoyo que el de los pies, perdió el equilibrio y se precipitó en el vacío.

El dolor le había causado un fortísimo espasmo. Chocó, en su caída, contra la pared opuesta, rebotó y continuó su descenso. De pronto, sintió un terrible dolor a la altura de los riñones.

Estaba caldo de espaldas. Intentó levantarse, pero no pudo.

En la mano derecha sentía un horrible dolor. A partir de la cintura, estaba completamente insensible.

Con la mano izquierda tocó masas blandas, viscosas, hediondas… Miró hacia arriba, pero no captó otra cosa que una absoluta, impenetrable oscuridad.

Sollozó. Estiró la mano izquierda, pero no llegaba ni con mucho al primer escalón de hierro, situado al menos a metro y medio del suelo.

Haciendo un esfuerzo, consiguió sacar un pañuelo, con el que se vendó precariamente la mano mutilada. Luego, tratando de dominar el dolor, se resignó a ser paciente.

Su invalidez desaparecería. La falta de fuerzas en las piernas no era sino la consecuencia de una calda desafortunada. Pronto volvería a recobrar el uso de las extremidades inferiores.

Decidió dejar pasar el tiempo.

Allí no le encontrarían, seguro. Nadie sabría jamás dónde se había escondido, ni tampoco hallarían el botín.

Esperaría.

* * *

Withers vendó precariamente el brazo derecho del inspector y luego lo ayudó a sentarse en un sillón.

—Howernley ha debido de escapar… —se lamentó Darsten.

Withers no contestó. Quitó la barricada y asomó la cabeza. El vestíbulo aparecía desierto, silencioso.

Se atrevió a salir. Tanteó la puerta de la cripta.

Instantes después, volvía junto a Darsten.

—Buenas noticias, Félix —anunció, sonriente.

—¿De veras?

—Sí. Howernley se ha cerrado por dentro, pero yo conozco el escondite donde se ha guarecido. No se preocupe, lo encontraremos.

—Menos mal —respiró el policía.

Withers salió de nuevo, cruzó el vestíbulo una vez más, entró en la sala, evitando cuidadosamente mirar el cadáver de Robert, y se apoderó de una botella y tres vasos, con los que regresó a la biblioteca.

—Es una buena idea —sonrió Darsten.

—Félix, imagino que sus compañeros van a venir —dijo Withers —. ¿Tardarán mucho?

—No, no lo creo.

Después de un par de buenos tragos, Withers se volvió hacia la muchacha.

—Y ahora, Lilian, ¿por qué no terminas de contar la historia de dos enamorados que huyeron al otro lado del Atlántico, hace doscientos setenta y seis años?

Ella sonrió.

—Hay un documento en la familia, escrito por el capitán Cotheridge. En él se encarece que no sea leído por su hijo mayor, sino cuando él hubiera fallecido. Cuando decidieron abandonar Inglaterra, se cambiaron el apellido. Eligieron el de Hall; ni demasiado común, ni demasiado refinado.

—Una abreviatura del de Hallyburton.

—Sí. Es preciso tener en cuenta, además, que en aquella época no había periódicos ilustrados ni medios de conocer a las personas por retratos multiplicados infinidad de veces, como sucede hoy. Por tanto, llegaron a Massachusetts y se establecieron sin temor. Pero, además, algún tiempo después, se recibieron noticias de la metrópoli. Así, los dos enamorados supieron que lord Howernley había sido decapitado por traición a Su Majestad.

—¿Y entonces…?

—Tenían a un pastor muy amigo, al que se confiaron y quien los casó en secreto. Pero ya no quisieron cambiar el apellido de Hall.

—Y tú viniste aquí…

—Para obtener más detalles de la familia, ya que la señora Brewder no existe. Es muy probable, además, que quizá pueda reclamar alguna parte de la herencia.

—Ah, una rica heredera —sonrió el policía.

—Me conformaría con el retrato de la condesa —dijo Lilian.

—Cuyo anillo heredaste tú —habló Withers.

—Bien, es de la familia, pero ahora lo tiene él…

De pronto, se oyó rumor de motores de automóviles en la explanada.

—Dick, salga a recibir a mis compañeros —indicó Darsten.

Momentos después, una turba de policías se lanzaba a la invasión de Brury Abbey.

A pesar de los esfuerzos que hicieron, no se consiguió encontrar a Felton Howernley.

Lilian, en cambio, resultó más afortunada.

Ferries tenía el anillo en su poder.

Interrogado, el conserje explicó que Howernley le había prometido mucho, pero que sólo le había pagado una miseria. Por ello decidió robar el anillo.

* * *

Algunas semanas más tarde, Withers y Lilian recibieron una visita.

June Orkney apareció, desenvuelta y rozagante, con un aspecto magnífico.

—He encontrado un buen chico, que me ayudará a pagar el dinero que pide el dueño del pub —manifestó.

—Ésa es una excelente noticia —sonrió Withers.

—Nos alegramos mucho, June —dijo Lilian.

—Yo también me alegro de verles juntos —sonrió la visitante—. Imagino que pronto tendremos boda, ¿no es así?

—Aún estamos discutiéndolo. Pero creo que acabaremos arreglándonos —contestó Withers.

—Aunque tenga que empeñar mi ropa interior, les haré un buen regalo. No puedo olvidar que estoy viva gracias a ustedes.

—June, es usted una mujer valerosa, de mucho carácter —elogió el joven—. Siga así…, y ojalá ese chico no sea como Fellerman.

Ella se puso seria de pronto.

—Fellerman no era demasiado malo, en el fondo, pero se encontró con Howernley y… Bueno —suspiró hondamente—, eso es ya cosa pasada.

—Sí, cosa pasada —convino Withers.

—Pero a Howernley no le han encontrado.

—No, ni tampoco han recobrado el dinero. Nadie se imagina

cómo pudo huir. Brury Abbey ha sido constantemente vigilada, pero Howernley no ha vuelto a ser visto.

—Se desvaneció, como un fantasma auténtico —dijo Lilian, sonriendo.

—Los fantasmas no… —De súbito, June se pegó una palmada en la frente—. ¡El pozo! ¿Cómo he podido ser tan tonta para no recordarlo?

—¿Un pozo? —preguntó Withers, muy interesado.

—Sí, él me lo enseñó… Estaba frente a mi celda…

Withers se volvió hacia la muchacha.

—Lilian, creo que esto es algo que debe saber la policía —dijo.

Al día siguiente, un numeroso grupo de personas, entre las que figuraban Withers, Lilian y June, además del inspector Darsten, éste con su brazo derecho toda vía en cabestrillo, acudieron a Brury Abbey.

June tanteó un poco, hasta que encontró el resorte de apertura. Entonces, una pesada losa giró hacia arriba.

Una espantosa fetidez surgió del hueco, obligando a todos los presentes a ponerse máscaras antisépticas. Luego, los policías proyectaron hacia abajo el haz de rayos luminosos de un potente reflector.

A unos veinte metros de profundidad, entre una masa hedionda de carne en putrefacción, yacía Felton Howernley, muerto de hambre y de sed.

Lo que se tuvo que hacer a continuación no fue nada agradable.

Varios cadáveres, horriblemente corrompidos, fueron extraídos y colocados en sendos féretros. Los cuerpos de Fellerman, McCallum, Charbonne y Barnes irían a parar a la Morgue, junto con el de su asesino, para ser debidamente identificados.

También apareció un gran saco de lona impermeable, que contenía el dinero robado a la West England Express. El pozo quedó limpio y desinfectado adecuadamente y, entonces, uno de los operarios, divisó una anilla incrustada en el suelo.

Por medio de una cuerda, se tiró de la anilla. Una piedra de sección cuadrada, de unos cincuenta centímetros de lado, se alzó, dejando ver un pequeño cofrecito, cuyas maderas estaban ya deshechas. El oro brillaba entre la podredumbre.

—¡El oro del conde! —exclamó Lilian.

Había mil monedas de la época.

—Su valor histórico es mucho mayor que el simplemente crematístico —dijo Withers.

—Sí, pero ¿me pertenecen?

Withers meneó la cabeza.

—Las leyes británicas son muy arcaicas, pero se observan siempre —dijo—. Es probable que tengas que entablar un pleito con la Corona.

—Tú quieres decir que a lord Howernley, cuando fue condenado, se le confiscaron sus bienes.

—Sí, eso mismo.

—Pero otro rey se los devolvió a sus herederos.

—Habrá que pleitear —insistió Withers.

Lilian sonrió.

—De todos modos, no me importa demasiado. Me conformo con el retrato de la condesa —dijo.

—Lilian, creo que has encontrado algo más —manifestó Withers, a la vez que pasaba un brazo por su cintura.

—Sí, creo que tienes razón.

Lilian miró al joven y decidió que el oro del conde ya no tenía demasiada importancia para ella.

FIN



LUIS GARCÍA LECHA. Nació en Haro (La Rioja) en 1919. Con 17 años el destino le hizo alistarse como infante en el bando nacional de la Guerra Civil. «Van a ser cuatro días», le dijeron, «y conocerás mundo». Pero los cuatro días se convirtieron en tres años de guerra y para rematar la faena, ya con el grado de teniente de la Legión, lo mandaron al Pirineo. En Lérida conoció a la que fue su mujer Teresa Roig.

Había que buscarse la vida y se decidió a ingresar en el cuerpo de funcionarios de prisiones en la cárcel Modelo de Barcelona. El destino quiso que en la prisión, cumpliera condena uno de los grandes de la literatura «de a duro», Francisco González Ledesma, «Silver Kane», con el que comenzó a colaborar, en principio por pura curiosidad. Pero la curiosidad se fue convirtiendo en pasión y el funcionario en escritor.

La posibilidad de ganarse la vida como escritor le deciden a abandonar su trabajo de funcionario y consagrarse al oficio al que dedicó todos los días de su vida en jornadas de doce horas.

Clark Carrados tenía que sacar adelante a su mujer y a sus cuatro hijos y se puso a la heroica tarea. A las seis de la mañana en la máquina de escribir hasta la hora de comer. Siesta y nueva sesión

hasta la cena.

Sólo así podía llegar a escribir las tres o cuatro novelas a la semana que le exigían las editoriales Bruguera, Toray que imponían a su cuadra de escritores unas condiciones leoninas, de trabajo a destajo, sin sueldo, que convertían a los «escribidores» en auténticos estajanovistas de la literatura popular.

También ha sido autor de artículos de humor para los tebeos
Can-Can
y
D. D. T.,
de la editorial Bruguera y de numerosos guiones para historietas de Hazañas bélicas y de aventuras.

García Lecha, un hombre introvertido aunque alegre, se enclaustró en su casa de donde apenas salía, construyó folio a folio una obra literaria en la que figuran más de 2.000 novelas de todos los géneros, oeste, ciencia ficción, policiales, terror, etc. Utilizó los seudónimos de Clark Carrados, Louis G. Milk, Glenn Parrish, Casey Mendoza, Konrat von Kasella y Elmer Evans.

Falleció en Barcelona el 14 de mayo de 2005.